

2. *ANTIESPAÑOLISMO Y DECADENCIA EN LA CULTURA ITALIANA*

Aurelio Musi

(Traducción de Javier Sánchez Márquez)

2.1. *ESPAÑOLISMO/ANTIESPAÑOLISMO*

El antiespañolismo fue un concepto, un comportamiento mental y una expresión bastante significativa de la relación entre la cultura, la sociedad y la política que involucró el sentido común histórico e historiográfico. Fue construyéndose, articulándose y definiéndose ya a partir del siglo XVII en un espacio geopolítico bastante amplio, correspondiendo, grosso modo, al del sistema imperial español en su conjunto. Sin embargo, el desarrollo completo del antiespañolismo se verificó durante el romanticismo decimonónico, sobre todo en aquellos países como Italia en donde el trinomio patria-nación-libertad tuvo necesidad, más que en otro lugar, de construir mitos de fundación positivos y negativos de los nuevos Estados unitarios e independientes.

La complejidad del concepto, su larga duración, el enlace entre elementos de continuidad y elementos de cambio, la relación inextricable, desde el origen de su constitución, entre mito, ideología y realidad histórica, la fusión entre las formas del antiespañolismo y las formas de la lucha política, convierten en muy necesaria la puntual historización, la contextualización y la comparación.

El antiespañolismo italiano es exactamente especular al españolismo, pues es la reacción a este; es decir, a un cierto modo de interpretar y representar la relación entre España e Italia en los siglos XVI y XVII.

Decir españolismo significa aludir en primer lugar a “mal gobierno”. Con este término se pone en discusión el modo de dirigir, por parte de España, las funciones más importantes del Estado moderno, como eran el ejercicio del poder burocrático, la capacidad de aplicar la ley en el gobierno del territorio, la política económica y financiera y, por último, la política social, es decir, la estrategia de alianzas entre el Estado y las clases. Así, en el orden de las funciones enunciadas, el mal gobierno español en Italia se manifestó:

- a) En la práctica de la corrupción burocrática y en la tendencia a los favoritismos.
- b) En la negligencia y en los desórdenes administrativos, causas primarias de la no correspondencia entre el plano formal de la legislación, en algunos casos óptima y adecuada, y el plano de su realización en el gobierno concreto del territorio, completamente inexistente.
- c) En el fiscalismo y en el parasitismo, es decir, en la elección de la vía más simple para rastrillar recursos de los territorios sujetos y detraerlos hacia el centro del sistema imperial, construyendo de este modo una relación de tipo colonial o semicolonial.
- d) En la alianza orgánica entre la Monarquía y las clases privilegiadas de los territorios sujetos, pero, al mismo tiempo, en la división de los súbditos para un mejor dominio sobre ellos (la técnica del “*divide et impera*”).

Decir españolismo significa aludir, en segundo lugar, a España como “brazo armado de la Contrarreforma”. Muchas connotaciones negativas del antiespañolismo convergen aquí hacia las formas de la “leyenda negra” sobre la Inquisición, sobre el genocidio de los Indios, sobre el connubio entre los papas y los Reyes Católicos...

Españolismo se identifica aún con un tercer motivo: la “opresión de todas las libertades, política, religiosa, cultural”... El poder de ahogamiento de las libertades, ejercido por España, no pudo sin embargo impedir ni el nacimiento ni el desarrollo de formas de disensión, ferozmente reprimidas, ni tampoco la explosión de revueltas, consideradas no tanto como formas de conflicto político y social típicas del Antiguo Régimen, sino sobre todo como expresiones de “amor de patria”, de sentimientos y valores nacionales, anticipatorios del *Risorgimento*.

Españolismo se identifica, finalmente, con la apoteosis de la “civilización del formalismo y de la exterioridad”: es decir, no fundada sobre una religión privada de fe interior, sino sobre el conformismo y la hipocresía, sobre la práctica de la simulación y la disimulación.

La categoría de españolismo/antiespañolismo queda formada pues de estratificaciones múltiples. Cada una de estas puede tener su autonomía, pero el conjunto de estas estratificaciones puede también constituir un itinerario recurrente, que somete a deslizamientos semánticos y contextuales la categoría. Podemos así identificar cuatro tipologías:

- a) El análisis crítico de la realidad histórica, la era española en Italia, en sus múltiples aspectos, que llega a un juicio en conjunto negativo, fundado

no obstante sobre el rigor filológico y documental, sobre una fuerte tensión ético-política y sobre la identificación de un proyecto y de un programa alternativo de gobierno.

- b) La construcción del “tipo ideal”, del modelo negativo que asimila España en Italia se identifica con un gobierno maléfico y opresivo.
- c) La construcción del “estereotipo”, es decir, la fijeza inmutable del “tipo ideal” en el “tipo antropológico” del españolismo.
- d) El uso político del “estereotipo” y su continua y recurrente actualización.

Las diversas tipologías son reconocibles bien en su singularidad, bien en su entramado o bien en el recorrido que las une conjuntamente durante la amplia historia del españolismo/antiespañolismo desde el Seiscientos hasta hoy.

2.2. *EL ANTIESPAÑOLISMO ENTRE FELIPE III Y FELIPE IV*

En la época de Felipe III y, especialmente, en la de Felipe IV, personalidades importantes de la cultura política, filosófica y literaria italiana reflexionaron, con modalidad, tonos y caracteres diferentes, sobre la relación entre ambas penínsulas. La contribución tomó dos direcciones: se fundaron los temas y los espacios o lugares recurrentes del antiespañolismo; y al mismo tiempo, este se regionaliza, por decir de algún modo, presentando traducciones y acentuaciones fuertemente unidas a los contextos de algunos antiguos Estados regionales italianos. La Italia española en rebelión durante los años cuarenta del siglo XVII, recogerá solo en parte la herencia ideal y política de las formas más difusas del antiespañolismo del primer Seiscientos.

España está presente en todo el Campanella político desde los *Discorsi universali del governo ecclesiastico per far una gregge e un pastore*, escritos entre 1593 y 1595¹⁸⁵. Aquí el tema fundamental es el de la centralidad, el de la superioridad y el de la ejemplaridad de la monarquía papal:

Si el príncipe secular –escribe Campanella– usa las artes del Papa, gana más. Esto por instinto son los españoles. En cuanto a la conservación, es más duradero y conservable el principado eclesiástico que el secular, porque aquél tiene unidos los ánimos, y éste sólo los cuerpos; y no puede, sino cercanísimos. Pero el Papado mantiene el principado secular y no al contrario. Ni España tendría unido el

¹⁸⁵ La bibliografía de los últimos años sobre Campanella en R. AMERIO: “Introduzione” a R. AMERIO y A. GUZZO (eds.): *Opere di Giordano Bruno e di Tommaso Campanella*, en *La letteratura italiana. Storia e testi*, Milán-Nápoles 1956, vol. XXXIII, pp. 778-779.

Nuevo Mundo con el Viejo, sino fuese por el Papado¹⁸⁶. [El papa debe aspirar a la monarquía universal y no debe] permitir que España se enseñorezca de Francia, ni Francia de España¹⁸⁷: [un motivo, el del rol arbitral de la monarquía universal papal, que se retomará en muchísimos de los escritos campanellianos].

El antiespañolismo de Campanella asume con el tiempo formas de crítica radical fundadas sobre la no correspondencia entre el ideal de la sabiduría política y los comportamientos de los españoles. Como bien ha escrito Germana Ernst¹⁸⁸, el político sabio es, para Campanella, aquel que promueve la unidad y el bienestar del conjunto: con el impulso a las ciencias, a las letras y a la predicación de la óptima religión, capaces de vivificar todo el organismo; con una reforma militar capaz de elevar el nivel de los cuerpos; con la promoción de matrimonios mixtos de los españoles con extranjeros, en modo de “españolizar las naciones e insertar las simientes, como se hace con los árboles”¹⁸⁹ y al mismo tiempo para atemperar los vicios de la sangre española “la cual es odiosa a casi todas las naciones, porque es muy humilde en el servir y altanera en el dominar y jactanciosa y astuta en las cosas pequeñas y no en las grandes”¹⁹⁰; con el incremento de los comercios y de la navegación. Es a partir de este cuadro ideal desde el que Campanella deriva las críticas al mal gobierno español en la *Monarchia di Spagna* (1600). Los principales elementos de la crítica radical de Campanella serían la pésima administración de la justicia, la arbitrariedad en los juicios, el parasitismo de los barones que viven ociosamente, roban y se abandonan a un lujo depravado, las desigualdades sociales y la avidez desenfrenada causada por el oro del Nuevo Mundo que había arruinado al Viejo¹⁹¹.

¹⁸⁶ R. AMERIO: “Introduzione” a R. AMERIO y A. GUZZO (eds.): *Opere di Giordano Bruno e di Tommaso Campanella*, op. cit., pp. 1123-1124.

¹⁸⁷ *Ibidem*, pp. 1151-1152.

¹⁸⁸ G. ERNST: “Campanella político”, en G. ERNST (ed.): *Tommaso Campanella e la congiura di Calabria*, Stilo 2000, pp. 15-41. Cfr. de la misma autora, *Tommaso Campanella*, Roma-Bari 2002; *Il carcere, il politico, il profeta. Saggi su Tommaso Campanella*, Roma 2002.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 23.

¹⁹⁰ *Ibidem*.

¹⁹¹ G. ERNST: “Campanella político”, op. cit., p. 24. En *La città del sole*, Campanella ya consideró Nápoles como la capital del parasitismo y de la degradación. Y, en 1608, en los *Arbitrii sopra il governo delle entrate nel Regno di Napoli*, la polémica antiespeculativa invierte especialmente las funciones de racionamiento y los intereses de los comerciantes acaparadores de trigo, cfr. A. MUSI: *L'Italia dei vicerè. Integrazione e resistenza nel sistema imperiale spagnolo*, Cava de' Tirreni 2000, pp. 123-124.

Sin embargo, el análisis se hace más refinado y articulado cuando Campanella reflexiona, especialmente en los escritos franceses, sobre los motivos del declinar de España. Son los años treinta del siglo XVII, Europa ha entrado en la crisis económico-social “general”, pero también en una fase en la que se preparan grandes cambios geopolíticos y nuevas jerarquías internacionales. Campanella abandona las posiciones filohispánicas y se acerca a las francesas. El filósofo alberga una gran confianza en el paso de los Valois a los Borbón, pues:

garantiza en vía preliminar la posibilidad para la monarquía francesa de jugar un papel de primer plano en la política europea, se tratará de confrontar las situaciones de España y de Francia, para evaluar cual de las dos potencias rivales pueda aspirar razonablemente a la primacía: Francia, a pesar de las dificultades y las discordias, está recorriendo una fase ascendente, mientras España muestra todos los síntomas de la crisis y el declive. Con estas posiciones Campanella anuncia temáticas que resultarán centrales en años sucesivos y revela con claridad, no sin riesgos, que están ya lejanos los años en los cuales identificaba en el soberano español al *místico* *Ciro*, investido de la providencia divina con la misión de reedificar la nueva Jerusalén y congregar las gentes en un único redil ¹⁹².

Campanella llega a París en 1634. En los años inmediatamente sucesivos pone en el centro de su reflexión no sólo la comparación entre Francia y España, sino sobre todo el análisis del imperio de los Austrias y las razones de su declive. Así, el imperio español:

se configura como un organismo monstruoso, una serpiente gigantesca de tres cabezas (la de la esencia, que es el imperio; la de la existencia, que es España, y la del valor que es Italia), cuyo cuerpo está compuesto de países desunidos y lejanos, ligados conjuntamente por vínculos irrenunciables, pero que se están aflojando como, por ejemplo, la navegación cuya seguridad está cada vez más amenazada por las potentes flotas holandesas, y desde puntos estratégicos de vital importancia, como Génova y la Valtellina, cuya emancipación de la sujeción española sería fatal para todo el organismo ¹⁹³.

Las razones del declive, para el filósofo calabrés, eran: la contracción demográfica por ausencia de matrimonios mixtos; el despoblamiento del Viejo y del Nuevo Mundo; la crueldad y la inmensa soberbia de los conquistadores; la incapacidad de “tesorizar” a través de una sabia política económica; el desequilibrio de la balanza comercial y el parasitismo de las clases privilegiadas. La recaída de todo esto sobre el *Mezzogiorno* de Italia fue desastrosa: fiscalidad

¹⁹² G. ERNST: “Campanella político”, *op. cit.*, pp. 28-29.

¹⁹³ *Ibidem*, p. 30.

exasperada, especulaciones en perjuicio de los campesinos, desequilibrios y acentuación de las desigualdades.

Alessandro Tassoni, en un contexto bastante diferente, viene configurándose como una de las pocas expresiones literarias de la protesta antiespañola, algunos años antes del Campanella francés. Modenés, nacido en el seno de una familia noble, completa sus estudios entre Bolonia, Ferrara y Pisa y vivió en España al servicio del cardenal Ascanio Colonna entre 1600 y 1603. Una vez de vuelta en Italia, fue nombrado embajador piemontés en Roma al servicio del duque Carlo Emanuele I de Saboya, que se convierte para Tassoni en un verdadero modelo político, entre otras cosas, por su relativa independencia en sus relaciones con España.

Los temas del antiespañolismo de Tassoni están presentes en las *Filippiche contro gli spagnoli*, escritas entre 1614 y 1615. En la *Filippica seconda* en particular, el escritor modenés pone de relieve en primer término la restringida base demográfica de España, dotada de pocas grandes ciudades —algunas “llegan apenas a doscientos fuegos”— y a la aridez del suelo. “Legiones de caballeros errantes” forman la fuerza militar española: un motivo, este de la sátira en relación del “caballero errante”, al que recurrirá a menudo en la literatura coetánea y posterior. Tassoni está convencido de que el “monstruoso cíclope del imperio español no tiene sino el ojo de Italia que le dé luz”¹⁹⁴.

Al juicio completamente negativo de Francesco De Sanctis sobre Tassoni —“cómico vacío y negativo [...], porque aquella simplicidad de vida, aquel sentimiento de lo real no estaba en su siglo, y en su consciencia era una abstracción del intelecto: un buen gusto natural, privado de un mundo plástico, en el cual se pudiese explicar”¹⁹⁵— hace de contrapeso la apreciación relativamente positiva de Benedetto Croce:

sobrio, seco y al mismo tiempo vivaz, eficaz e ingenioso, es Tassoni en sus prosas, especialmente en aquellas polémicas y en las cartas y, sobre todo, en las *Filippiche*, compuestas para Saboya contra España¹⁹⁶.

¹⁹⁴ Cfr. A. TASSONI: *Prose politiche e morali*, ed. de P. Puliatti, Roma 1980. Citamos aquí la edición telemática de las *Filippiche*, Roma, Biblioteca Italiana, 2004. Más en general, véase G. ROSSI: *Saggio di una bibliografia delle opere di Alessandro Tassoni con un discorso su gli scritti editi e inediti di lui*, Bolonia 1908.

¹⁹⁵ F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana*, ed. de N. Gallo, Turín 1975, vol. II, pp. 710-711.

¹⁹⁶ B. CROCE: *Storia dell'età barocca in Italia*, ed. de G. Galasso, Milán 1993, p. 536.

Entre los autores barrocos preferidos por el mismo Croce se encuentra Traiano Boccalini, que exalta el ideal de una historia “exclusivamente y estrechamente política”¹⁹⁷ fundada justamente sobre su intensa práctica de la vida cortesana y de los príncipes. Croce subraya igualmente el “sentimiento pesimista” de Boccalini que nace de la consideración de los “cálculos políticos”, de un “mundo hecho de fingimientos y de mentiras, sin luz que lo aclare ni colores”¹⁹⁸. Los *Ragguagli di Parnaso* merecen “su reputación en Italia y fuera por la riqueza y la sensatez y, a veces, por la novedad de los pensamientos”¹⁹⁹.

Según Rosario Villari, hasta Boccalini el antiespañolismo italiano tiene un carácter marginal, que opera un giro “con su radical polémica antiespañola”²⁰⁰. Villari critica la categoría de “sátira política”, comúnmente usada para los *Ragguagli* de Boccalini:

Sobre el plano publicista y en el ámbito de la reflexión sobre la razón de Estado —escribe Villari—, levantó con amplitud y energía un problema central de la vida italiana de su tiempo: la presencia y el dominio de España. Su polémica introduce en el debate político, en gran parte sumergido, fuertes reservas sobre la coincidencia de los intereses y de los ideales proclamados de la corona española con las exigencias de los Estados italianos [...]. En correspondencia con el esquema que hace de la interpretación de Machiavelli, su análisis y su denuncia se dirigían a desvelar la realidad del poder y la actitud de los gobernantes y, por tanto, a crear premisas y condiciones de una defensa más eficaz de los propios intereses por parte de los súbditos²⁰¹.

Seguramente la obra de Boccalini gozó de gran predicamento en Italia y en otros países europeos; sin embargo, más problemático es su poder, como sugiere Villari, para inspirar “importantes corrientes de pensamiento y de iniciativa política”²⁰².

Seguir el éxito de los *Ragguagli* es útil en varios frentes. Seguramente, aunque Villari tiene razón cuando impugna la reducción a sátira política del escrito, éste inaugura, en cualquier caso, un nuevo género literario que, utilizando la

¹⁹⁷ B. CROCE: *Storia dell'età barocca...*, op. cit., pp. 147-148.

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. 176.

¹⁹⁹ *Ibidem*, p. 201.

²⁰⁰ R. VILLARI: *Politica barocca. Inquietudini, mutamento e prudenza*, Roma-Bari 2010, p. 21.

²⁰¹ *Ibidem*, p. 9.

²⁰² *Ibidem*, p. 28.

sátira, entra en la raíz de las prácticas políticas de aquel tiempo. Las fórmulas expresivas de este nuevo género literario encontrarán una legión interminable de imitadores²⁰³. En segundo lugar, el amplísimo éxito de los *Ragguagli* y los lugares de edición y de reimpresión, permiten identificar un proceso de regionalización del antiespañolismo durante el siglo XVII que sorprende por su ámbito de propagación: la obra se reimprime en Milán y en Florencia, aunque el centro más importante de difusión siga siendo Venecia. Se traduce fuera de Italia: al alemán en 1617, al inglés y español en 1634, al flamenco en 1647, en 1669 se imprime una edición integral en Ámsterdam... y continúan sucesivamente las reimpresiones, versiones enriquecidas y revisadas, así como las refundiciones e imitaciones.

La regionalización del antiespañolismo en el siglo XVII tiene su centro, como así demuestra el éxito de Boccalini, en Venecia. Los *Ragguagli* se publican aquí entre 1612-1613. Inician la serie de una divulgación programada en la Serenísima a todos los lugares comunes de la “leyenda negra”²⁰⁴. Los métodos brutales del colonialismo español, denunciados por Las Casas, los retoma Alvise Lollino, obispo de Belluno, en el *De Hispaniorum iure in Indos dialogus*. En 1618 Giacomo Castellani, coincidiendo con la presunta conjura de Bedmar, publica el *Avviso di Parnaso*; entre 1626 y 1657 se reeditan varias veces las obras de Las Casas merced a una única empresa editorial, la de los Grimani, “en su mayoría acompañadas de vibrantes introducciones a nombre del traductor o del editor para señalar los trágicos resultados del mal gobierno español”²⁰⁵ y para llamar “a los súbditos de cualquier otro príncipe del mundo” a reconocer

cuán singular gracia les haya sido concedida por Nuestro Señor por no haberles sometido a aquellas gentes que se han convertido en más célebres por la destrucción que por la conquista de las Indias²⁰⁶.

Una abundante publicística polémica, anónima y pseudónima indica el caso americano “concluyente y resolutive acerca de los métodos y las finalidades del gobierno hispánico, así como de las condiciones de vida de los pueblos gobernados

²⁰³ Cfr. la voz *Traiano Boccalini* de Luigi FIRPO en *Dizionario Biografico degli Italiani*.

²⁰⁴ Cfr. P. PRETO: “La Spagna nella cultura veneta”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione: Antispagnolismo e identità italiana*, Milan 2003, pp. 207-208, de donde extraigo los datos que siguen.

²⁰⁵ F. CANTU: “Spagnolismo e antispagnolismo nella disputa del Nuovo Mondo”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, p. 141.

²⁰⁶ *Ibidem*.

por ellos”²⁰⁷. El citado estudio de Paolo Preto está dedicado también al lenguaje adoptado por los embajadores venecianos en el Seiscientos para definir las condiciones del imperio español:

para designar el evidente declive económico, político y militar de España en el curso del siglo XVII, los embajadores vénetos no usan la palabra *decadencia*, sino *declinación*, a veces acompañada de *disminución de las fuerzas*, *alteración*, *corrupción*, su fuerza expresiva, puntual y a menudo despiadada, aparece aún más evidente si la comparamos a las expresiones entusiásticas, por no decir temerosas, que en la segunda mitad del siglo XVI definían la descomunal fuerza político-militar de la España de Felipe II²⁰⁸.

Preto enumera todas las metáforas y los juicios del lenguaje diplomático veneciano: una máquina grande de reinos y riqueza “como cuerpo agravado de muchas indisposiciones que tiene debilitado su vigor” (Contarini 1612); la nación está reducida a “una igual desolación” (Alvise Mocenigo 1631); la soberanía de España es “más formalidad que sustancia” (Girolamo Giustinian 1649); un “gran coloso” hundido “con el terremoto de breves momentos, donde competía cada uno para recoger los fragmentos al objeto de enriquecer las primarias salas” (Pietro Basadonna 1653); “la palabra economía es un lenguaje ignoto a los españoles; pasa el desorden en punto de grandeza y de honor” (Catterino Bellegno 1670); “no gobierna el rey, gobiernan los grandes” (Giovanni Cornaro 1682); “en la hacienda real reinan la confusión y el caos” (Sebastiano Foscari 1686); Carlos II está más “capacitado para el habito de religioso que para el manto real” (Pietro Venier 1693)²⁰⁹.

Los venecianos son los modelos culturales que inspiran los escritos del genovés Andrea Spinola, uno de los mayores escritores y comentaristas políticos del primer Seiscientos²¹⁰. No pone tanto en discusión la inserción de Génova en el sistema imperial habsbúrgico, como el proceder de los ministros del rey y el *ethos* aristocrático filo español. Spinola influencia notablemente la ola de reacción anti-española que se manifiesta en Génova entre los años treinta y los cincuenta del siglo XVII y que viene marcada por figuras como Federico Federici y Raffaele Della Torre. La imagen dominante es aquella de una España prevaricadora sobre la independencia genovesa:

²⁰⁷ F. CANTU: “Spagnolismo e antispagnolismo...”, *op. cit.*, p. 142.

²⁰⁸ P. PRETO: “La Spagna nella cultura veneta”, *op. cit.*, p. 216.

²⁰⁹ *Ibidem*, pp. 216-218.

²¹⁰ C. BITOSI: “Lo strano caso dell’antispagnolismo genovese”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, pp. 169-173.

Y para explicar cómo fuese posible una prevaricación acompañada por la evidente conveniencia, para muchos sino para todos, del servicio financiero del rey, lanzaron la imagen de las cadenas de oro. Las ganancias que tantos genoveses habían extraído, y que ciertamente ahora extraían mucho menos y con mayor riesgo de la alianza española, habían sido, en el fondo, un mal, un elemento de corrupción del republicanismo ciudadano, y un mal uso de las energías de los genoveses de las auténticas vocaciones indígenas, marineras y mercantiles, hacia el campo estéril y peligroso de la finanza ²¹¹.

Dos contextos “republicanos”, el de Venecia y el de Génova: en el primero, los motivos ya clásicos de la “leyenda negra” se combinan con el análisis despiadado, conducta expresada por los embajadores con la *declinación* del sistema imperial español; en el segundo, la coyuntura crítica de las relaciones financieras entre la república ligur y los Habsburgo, alimenta una recuperación mítica de la lejana vocación mercantilista genovesa, corrompida por la nefasta influencia de España.

Otro contexto, en parte diferente de los analizados hasta ahora, es el relativo a la Italia española en rebelión durante los años cuarenta del XVII. Esta línea historiográfica, bien representada por los estudios de Rosario Villari, tiende a proponer una doble perspectiva: en primer lugar, una suerte de continuidad diacrónica de los movimientos ideales y políticos antiespañoles desde el final siglo XVI a la revuelta napolitana de 1647–1648; en segundo, una correspondencia sincrónica de la inspiración ideal y de la práctica política entre las “seis revoluciones contemporáneas” ²¹². No hay dudas de que la matriz de la polémica antifiscal, antifeudal y contra la corrupción de los ministros de Su Majestad, caballo de batalla del antiespañolismo desde Campanella a Boccacini, iba a constituir uno de los elementos de la plataforma de las revueltas de los años cuarenta. Sin embargo, en el caso de las revueltas italianas, las sicilianas y la napolitana de 1647–1648 ²¹³, la unión con el antiespañolismo del primer Seiscientos se presenta bastante problemática. En Sicilia, tal y como han demostrado investigaciones recientes ²¹⁴, motivos y dinámicas de las revueltas, aún presentando caracteres comunes, son profundamente dependientes de los diferentes contextos locales y

²¹¹ C. BITOSI: “Lo strano caso dell’antispannolismo genovese”, *op. cit.*, pp. 170–171.

²¹² Esta línea vuelve a ser propuesta y profundizada ahora en R. VILLARI: *Politica barocca...*, *op. cit.*, *passim*.

²¹³ Cfr. A. MUSI: *La rivolta di Masaniello nella scena politica barocca*, Nápoles 2002 (2ª ed.).

²¹⁴ D. PALERMO: *Sicilia 1647. Voci, esempi, modelli di rivolta*, Palermo 2009.

la dimensión de la oposición a la Monarquía española está por completo ausente. También en el reino de Nápoles la fase antiespañola y republicana, entre octubre de 1647 y marzo del año siguiente, se desenvuelve más en el signo de la reivindicación del “derecho de resistencia” y de la creación de un “nuevo Estado”, legitimado por el desplazamiento de la fidelidad y obediencia de Felipe IV a Luis XIV, que no en el signo de una transferencia en el sentimiento de fidelidad “del rey a la patria”, como ha escrito Villari²¹⁵.

Del mismo modo, la cuestión de las relaciones entre Campanella y sus escritos, su aspiración a la independencia de Italia frente al dominio español, ha quedado hasta ahora más ligada a conjeturas e hipótesis que no fundada sobre elementos concretos de verificación documental. A este respecto Villari escribe que Campanella:

había manifestado durante la vigilia de la revolución, en varias ocasiones, fuertes dudas sobre la posibilidad de que el reino de Nápoles pudiera liberarse de modo autónomo de la sujeción de la monarquía²¹⁶.

El filósofo calabrés había subrayado los efectos de la censura y de la represión cultural y política, así como la escasez de los espacios de disensión en el reino de Nápoles. Veía, especialmente, en el apoyo cada vez menor de los príncipes italianos a España y en la participación decisiva de Francia, la posibilidad de una crisis de los Austrias en Italia²¹⁷. Un capítulo interesante para profundizar sería el de la *koiné* barberiniana en Roma y el del papel desempeñado por Campanella en la construcción de las relaciones entre los exiliados napolitanos, personajes ligados a la disensión eclesiástica y círculos romanos de la corte cardenalicia. Testimonio de estos lazos serían las cartas de Campanella al cardenal nepote Francesco Barberini (14 de febrero de 1630)²¹⁸, y a Urbano VIII entre 1630 y 1639²¹⁹. Después de la liberación acaecida en Roma en enero de 1629, Campanella gozó del favor de Urbano VIII. Posteriormente, la oposición de los cofrades de la orden, debido a su tendencia antihispánica y a sus posiciones doctrinarias, mal enquistan las relaciones del filósofo con Urbano VIII hasta llegar a

²¹⁵ R. VILLARI: *Per il re o per la patria. La fedeltà politica nel Seicento*, Bari-Roma 1994. He discutido la interpretación de Villari en A. MUSI: *L'Italia dei vicerè...*, *op. cit.*, pp. 149 y ss.

²¹⁶ R. VILLARI: *Politica barocca...*, *op. cit.*, p. 199.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 201.

²¹⁸ “Opere di Giordano Bruno e Tommaso Campanella”, en R. AMERIO y A. GUZZO (eds.): *Opere di Giordano Bruno e di Tommaso Campanella*, *op. cit.*, pp. 984-987.

²¹⁹ *Ibidem*, *passim*.

enfriarse: la carta del cardenal refleja esta coyuntura. En otra carta a Barberini del 4 de diciembre de 1634²²⁰, el filósofo se defiende de la acusación de oposición a los españoles, porque “escribí para ellos la *Monarchia di Spagna*, el *Panegirico ai principi d’Italia*, los *Articoli profetali*: y los tienen y se sirven de estos en España”.

En definitiva, queda todavía mucho por sondear y profundizar en relación a la compleja cuestión entre Campanella y las revueltas italianas de 1647-1648.

2.3. EL CREPÚSCULO DEL SISTEMA IMPERIAL ESPAÑOL, LA ACADEMIA DE MEDINACELI Y PAOLO MATTIA DORIA

La institución cultural napolitana más importante a finales del siglo XVII fue la academia de Medinaceli. La génesis y estructura de la misma es bien conocida, a través de los estudios de Suppa, Galasso, Ricuperati y Rak²²¹. No obstante, el debate sobre su función ha sacado a la luz diferentes interpretaciones y numerosos aspectos. Giuseppe Ricuperati²²² ha insistido sobre el proyecto de gestión directa de la cultura por parte del *establishment* español, sobre el intento de una mayor implicación por parte de los intelectuales, puestos en marcha por el virrey Medinaceli, en una fase particularmente difícil de la Monarquía española, especialmente en lo que concierne al gobierno del territorio. En cambio, a Galasso la academia le parece:

²²⁰ “Opere di Giordano Bruno e Tommaso Campanella”, *op. cit.*, pp. 997-1002. La carta está escrita desde París, donde Campanella se había refugiado después de haber huido de Roma bajo la protección del embajador francés. “Sus enemigos habían intentado involucrarle como cómplice en la conjura antiespañola de fray Tommaso Pignatelli, descubierta en Nápoles en agosto de 1633. La petición de extradición hecha por los españoles fue evadida por el cardenal nepote Francesco, el cual dispuso las cosas de manera tal que Campanella pudiera realizar la fuga. Iniciando el viaje la noche del 21 de octubre de 1634, con hábito de fraile mínimo, sobre el carruaje del embajador Noailles, el filósofo llegó a París, atravesando Marsella y Lión, el primero de diciembre” (*Ibidem*, p. 997).

²²¹ S. SUPPA: *L’Accademia di Medinaceli fra tradizione investigante e nuova scienza civile*, Nápoles 1972; G. GALASSO: *Il Regno di Napoli. Il Mezzogiorno spagnolo e austriaco (1622-1734)*, Storia d’Italia UTET (dir. por G. GALASSO), Turín 2006, vol. XV, t. III, pp. 516 y ss.; G. RICUPERATI: “L’Immagine della Spagna a Napoli nel primo Settecento: Vico, Carafa, Doria e Giannone”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, pp. 83-112; M. RAK (dir.): *Lezioni dell’Accademia di Palazzo del duca Medinacoeli*, Nápoles 2000-2003.

²²² G. RICUPERATI: “L’Immagine della Spagna a Napoli...”, *op. cit.*, p. 84.

un rodaje bastante natural y espontáneo de todo el proceso de la vida político-cultural napolitana de los años ochenta y noventa del siglo. En el encuentro con el favor virreinal la nueva cultura, si en algún modo se encuadraba más oficialmente de lo que nunca hubiera ocurrido hasta entonces en las líneas del régimen, se vinculaba también, implícitamente, a una estrecha disciplina realista, tanto más relevante cuanto más se encendía la cuestión sucesoria y se seguían más de cerca las vicisitudes de la salud del soberano junto a las inciertas perspectivas de la corona; por otra parte, conseguía la seguridad de una protección definitiva y de una ulterior promoción en las relaciones con la cultura tradicional además de cualquier eventual regreso ofensivo clerical ²²³.

De particular interés es la composición de la academia: aristócratas absorbidos en la burocracia española; futuros dirigentes del estamento togado habsbúrgico; grandes intelectuales como Paolo Mattia Doria, Giambattista Vico o Pietro Giannone por citar solo algunos de entre los más ilustres. La academia representa, pues, la fase de traspaso de la cultura napolitana entre los siglos XVII y XVIII: en esta se conjuga un nuevo sentido del Estado, absolutismo y bien público identificados con la voluntad del soberano. En particular, el nuevo estamento togado, notablemente presente en la estratificación socio-profesional académica, interpreta espléndidamente, en la escala del reino de Nápoles, el momento histórico europeo caracterizado por la hendíadís entre el nuevo orden y el antiguo régimen. Como intenté explicar en otro lugar ²²⁴, después de las paces de mediados del siglo XVII, aún dentro de un marco caracterizado por la sociedad tradicional, desde la supremacía de la estructura del privilegio y desde el poder absolutista, venía formándose un orden nuevo que, de algún modo perfeccionaba y, al mismo tiempo, transformaba los caracteres mismos del Antiguo Régimen. El Estado después de Westfalia estaría constituido por un conjunto orgánico formado por el príncipe y la comunidad de súbditos. En el Estado moderno absoluto la conservación equivalía a seguridad. Esta equivalencia debía inspirar la política del Estado también en materia religiosa, realizada a través de un equilibrio complejo y precario entre confesión, libertad de conciencia y bien común. Si el bien común se identificaba con la voluntad del soberano, la unión se hacía siempre más estrecha entre súbditos y príncipe, y estos debían ponerse el objetivo de una ampliación de las bases de consenso a su poder también a través de la promoción de aquellas que Marcello Verga ha llamado “prerreformas” ²²⁵.

²²³ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. III, pp. 534-535.

²²⁴ A. MUSI: *L'Italia dei vicerè...*, *op. cit.*, pp. 209-210.

²²⁵ M. VERGA: “Tra Sei e Settecento: un’età delle preriforme?”, *Storica* I (1995), pp. 89-129.

Hay un aspecto de la vida en la academia de Medinaceli escasamente considerado y sobre el cual, en estas páginas, quisiera llamar la atención. Uno de los temas más recurrentes de las lecciones era el de los imperios²²⁶; es más, la academia, en su estado naciente, planteaba un verdadero “programa” sobre este tema. El programa previsto y seguido daba inicio con una lección, desarrollada por Caloprese, sobre el origen de los imperios: se desarrollaba seguidamente a través de dos lecciones de Cicatelli sobre el primer y el segundo imperio de Asiria, una lección de Valletta sobre el de los persas, una de Russo sobre el de los griegos y nada menos que ocho lecciones de Sersale sobre el imperio romano.

De particular interés resulta la lección de Caloprese²²⁷, que afrontaba la cuestión de la “naturaleza de los Imperios”:

Los hombres, desde el principio —escribe— para cesar de estar y vivir continuamente en guerra, en discordia y con temor de la propia salud, se han visto forzados a constituir a una persona sobre ellos con autoridad para hacer leyes e imponer penas y premios, a fin de obligarles a mantenerse entre los límites de la justicia y de la honestidad, que es lo que constituye la naturaleza de los imperios²²⁸.

En su lección, Caloprese aludía al modelo de la Monarquía española, artífice de la *concordia ordinum*: una posición que demuestra el éxito de Medinaceli en su apertura al diálogo con los intelectuales y representa los mismos ideales de una parte consistente del estamento civil. Como ha escrito Ricuperati:

a pesar de las críticas hacia una monarquía que había delegado el poder a los ministros (juicio que involucraba no sólo a Felipe III y IV, sino también al mismo Carlos II), nobleza y sociedad civil se habían acercado al virrey, esperando que esta fidelidad fuese recompensada y, quizás de algún modo, enriquecida por las cualidades del nuevo soberano.

Desde este punto de vista, la posición de Caloprese era bastante similar a la de Giannone, a la de Vico y a la del mismo Doria.

²²⁶ M. RAK (dir.): *Lezioni dell'Accademia...*, op. cit., vol. I.

²²⁷ Sobre la figura y la obra de Caloprese, véanse en particular G. CALOPRESE: *Opere*, Nápoles 2004, con las dos introducciones de F. LOMONACO: “Un gran filosofo renatista”, en donde el autor profundiza sobre la unión entre Caloprese y Descartes, y de A. MIRTO: “La vita, gli studi, la critica...”. Igualmente, E. NUZZO: *Verso la “Vita civile”. Antropologia e politica nelle lezioni accademiche di Gregorio Caloprese e Paolo Mattia Doria*, Nápoles 1984.

²²⁸ G. CALOPRESE: “Dell’origine dell’imperii”, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell'Accademia...*, op. cit., p. 48.

España aseguraba una *concordia ordinum* que era peligroso tocar. Los posibles cambios debían venir de una monarquía reformadora y unida a un modelo de continuidad, y no desde el exterior ²²⁹.

En función de ello, en los primeros meses de la Academia se confirmaron las esperanzas puestas en Medinaceli, tal y como reflejan las palabras que introducían la lección de Giuseppe Valletta sobre el imperio de los persas. Veía en el virrey “renovado el espíritu y la fama de Alfonso de Aragón, primero de este nombre y de gloria, entre los demás reyes nuestros de Nápoles”. La comparación hacía referencia bien “a la altura del entendimiento y de la sangre”, bien al gobierno del territorio y el filósofo jurista se dirigía directamente a Medinaceli continuando el símil:

Y como vos, él mismo, familiarmente muy a menudo manteníase en las más íntimas y secretas de sus estancias reales, oyendo las lecciones que en similares academias se recitaban por los hombres más doctos de su tiempo, en las cuales yo querría manifestar más la veneración que díose por alentarlas, que el honor de ser incluido entre tantos felicísimos ingenios que las componen. Tanto mayormente que vos, por encima de cualquier otra posible comparación y otras tantas altas cosas plenamente sobrentendidas, no me producís sino maravilla y temor ²³⁰.

Después de este encomiástico inicio, Valletta iba mucho más allá. Del mismo modo que Cicatelli había mostrado interés por el “nacimiento, grandeza y ruina” de los Asirios ²³¹, ahora Valletta afrontaba la parábola de los imperios, “inicio, estado y caída”, con el papel de la fortuna en la dinámica histórica de estas grandes formaciones políticas. La memoria del ciclo revolucionario de los años cuarenta del siglo XVII estaba demasiado cerca como para ser completamente eliminada y es sobre este trasfondo cuando Valletta, citando a Bodin y a Naudè, advierte de la peligrosidad de “escribir sobre las revoluciones y los distintos cambios de los imperios, no menos que como si de las cosas sacras se conversase” ²³².

La constante preocupación de los académicos que se ocupaban de las formaciones históricas imperiales era el miedo a la “discordia” del desorden civil y

²²⁹ G. RICUPERATI: “L’Immagine della Spagna a Napoli...”, *op. cit.*, p. 91.

²³⁰ G. VALLETTA: “De l’Imperio de’ Persiani”, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell’Accademia...*, *op. cit.*, p. 199. Para un perfil bio-bibliográfico convincente, véase V. I. COMPARATO: *Giuseppe Valletta. Un intellettuale napoletano della fine del Seicento*, Nápoles 1970.

²³¹ E. CICATELLI: *Ragionamento storico del primo Imperio dell’Asiria*, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell’Accademia...*, *op. cit.*, p. 49.

²³² G. VALLETTA: “De l’Imperio de’ Persiani”, *op. cit.*, p. 199.

político: de ahí la referencia recurrente a modelos de concentración y unidad del poder. Así Russo, reflexionando sobre la debilidad de los griegos y sobre la destrucción de Atenas “por causa de la democracia”, escribía que:

[la] república debe tener un sólo gobernante y, al igual que un barco, un solo timonel, puesto que, si hubiese discordia para quien tuviera que gobernarla, a cada pequeño impulso de viento, quedaría sumergida ²³³.

Pero fue sobre todo Nicola Sersale el que reinventa y perfecciona el uso de lo antiguo para la política contemporánea ²³⁴. Identificaba tres estadios en la política de Roma que correspondían con las edades del hombre: la infancia bajo los reyes, la “robusta juventud” y la “grandeza” bajo la república, y la “vejez y la decrepitud” bajo los emperadores ²³⁵.

No duró más la juventud del dominio romano sino hasta la edad de los famosos Escipiones, donde África y España pusieron bajo su juego, hasta César y Pompeyo, que tan ampliamente engrandecieron. Tiranizada desde entonces por aquellos y finalmente puesta por este César bajo el dominio de uno sólo también, en el principio de su vejez. Aunque hubiese cambiado la forma de gobierno, hubiera sido bajo César Augusto acaso rejuvenecida y restablecida a su robustez, si los siguientes emperadores hubieran imitado sus operaciones y las hubieran proseguido. Sin embargo, además de tener éste en las partes de Oriente grandes territorios, entre los pueblos de la India y de otras regiones externas del imperio tan ampliamente acrecentadas, los constituyó en trono de tan suprema autoridad y dominio, mejorando óptimamente y estableciendo los órdenes civiles y militares, que poco o nada dejó que desear ²³⁶.

Por tanto, la conclusión de Sersale es clara: el “dominio” debe ser directamente proporcional al “cuidado” y a la “atención” por el gobierno del territorio ²³⁷.

Me parece poder leer en estas lecciones académicas sobre los imperios la difícil transición vivida por la parte más despierta de la cultura napolitana de finales del Seiscientos. La memoria de las revoluciones, de los “cambios de estado”, del ciclo desestabilizante de los años cuarenta del siglo XVII, la consciencia de la

²³³ C. RUSSO: “Intorno all'impero de' Greci”, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell'Accademia...*, *op. cit.*, p. 265.

²³⁴ N. SERSALE: “Dell'Imperio romano”, en M. RAK (dir.): *Lezioni dell'Accademia...*, *op. cit.*, pp. 294 ss.

²³⁵ *Ibidem*, p. 339.

²³⁶ *Ibidem*.

²³⁷ *Ibidem*, p. 355.

fragilidad de la “democracia”²³⁸, pero, al mismo tiempo, las incógnitas de la coyuntura internacional, imponen la necesidad de la conservación de una alianza política entre el estamento togado y la corona española del tipo de aquella *concordia ordinum*, reivindicada por Vico, Giannone, Doria y tantos otros intelectuales de la clase civil como una de las realizaciones de la Monarquía española en el reino de Nápoles. Sobre este fondo, comienza a perfilarse, sin embargo, aunque sin explicitar, la analogía entre la parábola de los imperios históricos y la del sistema imperial español²³⁹, llegado a su crepúsculo, quizás también por la dificultad de conjugar esas dos palabras clave recordadas por Sersale, “dominio” y “gobierno”, y la relación proporcional entre ambas como requisito fundamental para la conservación de los imperios.

La “relación” de Paolo Mattia Doria²⁴⁰, posterior a la conjura del crepúsculo del sistema imperial español y contemporánea ya a diferentes equilibrios políticos bien consolidados, tiene una “estructura abierta”, por así decir. Es una especie de *tratado* del españolismo, en donde se anticipan sucesivamente gran parte de los motivos elaborados (mal gobierno, opresión, malicia, retraso...), y donde sugiere también un enlace inmediato y directo entre el análisis del comportamiento de los españoles en el *Mezzogiorno* de Italia y el juicio histórico-político sobre ellos. Pero, además de la superficie de la forma y de la comunicación retórico-literaria, se toma la sustancia de un análisis de la realidad económica, social y política del reino de Nápoles, que identifica algunos elementos críticos (la distorsión entre la relación capital-provincias, la opresión baronal, la baja calidad del personal de la administración periférica, la estructura oligárquica del poder de las sedes napolitanas...) y prevé una “racionalización del sistema”²⁴¹;

²³⁸ La expresión es usada en C. RUSSO: “Intorno all'impero de' Greci”, *op. cit.*, p. 265.

²³⁹ Una parte bastante representativa de la historiografía española e italiana viene usando desde hace más de una década esta categoría para indicar la particular formación política que detenta la hegemonía mundial durante un siglo, desde la mitad del siglo XVI hasta mediados del XVII. Esta categoría ha alcanzado dignidad en el discurso historiográfico a semejanza de otras como “*Composite Monarchy*” (Elliott), Monarquía católica (Fernández Albaladejo)... Para una puesta a punto del concepto remito a mis numerosos estudios sobre el tema, más recientemente recogidos en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.* Véase también mi artículo “The Kingdom of Naples in the Spanish Imperial System”, en T. J. DANDELET y J. A. MARINO (dirs.): *Spain in Italy. Politics, Society and Religion, 1500-1700*, Leiden-Boston 2007, pp. 73-98.

²⁴⁰ P. M. DORIA: *Massime del governo spagnolo a Napoli*, ed. de V. Conti, introd. de G. Galasso, Nápoles 1973.

²⁴¹ La expresión es de G. GALASSO en la citada introducción, p. XLV.

en la imposibilidad de realizar tal objetivo, si acaso, radica el juicio tan negativo sobre España.

Para Doria, “máxima” es el principio general para la acción y la máxima de Estado es el principio general que inspira órdenes y costumbres de gobierno. Doria revela una diferencia entre reinos “con reyes propios” y reinos “gobernados en provincia”. Los segundos deben ser gobernados “con un poco de aquella razón de Estado que no se acuerda con la política virtuosa”²⁴². Aquí “razón de Estado” es un conjunto de técnicas de gobierno (simulación/disimulación, “arte maliciosa”...) que constituyen las “máximas particulares”. Su fin, para los españoles, es el de “poderse asegurar un dominio duradero sobre el reino de Nápoles y el de poseer una amplia autoridad sobre el remanente de toda Italia”²⁴³. En sustancia, para este reino “gobernado en provincia”, el equilibrio entre las máximas generales y las particulares está por completo desplazado, según Doria, hacia el segundo nivel, sobre la exasperación de la “razón de Estado” como pura “técnica prudencial”, que empuja a España a continuos compromisos y a sostener una lógica de conservación de los equilibrios de dominio en el territorio sujeto. De aquí dinámicas de rechazo, denuncia, moralismo, que revisten el juicio histórico-político negativo de Doria: descontextualizadas, estas se encuentran en el origen del antiespañolismo y pueden ser fácilmente asumidas como “evidencias primitivas” para la construcción del tipo ideal y del estereotipo. Sin embargo, el juicio negativo de Doria sobre España embiste más considerablemente sobre las prácticas y los procedimientos del gobierno del territorio que sobre el perfil de las instituciones.

En el caso de Giannone, como ha señalado Galasso, es necesario indicar algunas distinciones. Así, este autor subraya con admiración las novedades institucionales introducidas por los españoles en Nápoles: el puesto de virrey y el Consejo Colateral:

cuyos procedimientos, en la praxis ordinaria mental napolitana, no quitaban a los ojos del mismo Giannone el carácter de auténtica novedad de los dos institutos en la configuración dada a estos por los españoles²⁴⁴.

La recriminación que Giannone adelanta no difiere de la de Doria, pues no hace referencia a la inteligencia de los españoles en el gobierno del reino, sino a

²⁴² P. M. DORIA: *Massime del governo spagnolo...*, *op. cit.*, p. 10.

²⁴³ *Ibidem*, p. 22.

²⁴⁴ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli. Società e cultura nel Mezzogiorno moderno*, Storia dell'Italia Utet (dirigida por G. GALASSO), Turín 2011, vol. XVI, t. VI, p. 698.

su gestión política, por así decir, a la observancia y a la ejecución de las leyes: el comportamiento en las relaciones con la Iglesia, los privilegios eclesiásticos, la política jurisdiccional, las políticas económicas fundadas sobre el parasitismo y el exceso de gasto, las limitaciones del comercio y la excesiva fiscalidad.

Se consolidaba así, también a través de Giannone, y gracias a la autoridad rápidamente reconocida a su *Istoria*, el juicio negativo sobre España como potencia dominadora, pero desastrosamente rapaz y, conjuntamente, inepta en el campo económico, financiero, monetario y fiscal. Se consolidaba así el juicio que Doria había convertido ya en canónico, prosiguiendo un filón crítico contemporáneo a la parábola de la potencia española. Sobre el plano político e institucional, –jurisdiccionalismo aparte– el juicio de Giannone era aún más vago e indulgente de cuanto ya no fuese el de Doria; y la crítica al régimen parece hacer referencia especialmente a la praxis y a algunos aspectos políticos fundamentales, que no a la disposición institucional y a la legislación, sin que, sin embargo, ni siquiera desde este punto de vista faltasen las críticas enérgicas y radicales²⁴⁵.

2.4. ANTIESPAÑOLISMO E ILUSTRACIÓN

En la segunda mitad del siglo XVII el antiespañolismo se fue conjugando cada vez más con posiciones filofrancesas. En la primera parte del XVIII emergió otra palabra clave que iba a convertirse en “uno de los puntos de referencia esenciales del discurso italiano”²⁴⁶ de Muratori en adelante: nos referimos a la palabra y al tema de la “decadencia”, aunque, como ha señalado Marcello Verga, durante la primera mitad del Setecientos este concepto no iba a desviarse todavía respecto del “antiespañolismo”²⁴⁷. El proceso se iba a consumir en la segunda mitad del siglo.

La imagen de España y de los españoles construida desde la Ilustración debe mucho, por otra parte, y no sólo en su versión italiana, a la recepción descontextualizada del modelo de Doria. Se trata, como es sabido, de una imagen que Montesquieu resume a la perfección: “Los españoles y los portugueses están aún bajo tutela en Europa”. Como ha sido advertido, el pensamiento de Montesquieu refleja:

²⁴⁵ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XVI, t. VI, p. 700.

²⁴⁶ M. VERGA: “La Spagna e il paradigma della decadenza italiana tra Seicento e Settecento”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, p. 71.

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 79.

... la opinión que en la mitad del siglo XVIII se tenía en los *milieux savants* de las dos naciones ibéricas, que en tiempos no muy lejanos habían sido consideradas a la cabeza de Europa, y que ahora se veían como subalternas en el concierto de los países continentales [...]. El informe de los cargos contra España y Portugal (dos países que, ciertamente, los *philosophes* conocían poco y mal), es bien sabido: oscurantismo e ignorancia, fanatismo religioso, crueldad, arrogancia, inercia y mal gobierno. En suma, un modelo negativo y anacrónico en la Europa civilizada de las Luces²⁴⁸.

También en este caso, sin embargo, como en otros, los estereotipos y los lugares comunes derivan desde un “principio de realidad”, desde un análisis histórico real de la época española en Italia, que sobre todo los grandes ilustrados napolitanos pusieron como base de su batalla político-cultural de crítica al Antiguo Régimen y a la renovación de las estructuras económico-sociales.

Ya a partir de las *Lezioni di commercio* de Antonio Genovesi se asiste a un “reavivamiento en un estilo elevado de los temas de la polémica antiespañola”²⁴⁹. En la comparación con las potencias comerciales europeas, Genovesi dibuja un retrato dramático y apasionado de los hechos del reino de Nápoles, denunciando todas las calamidades de una nación privada de “dinastía doméstica”, que el advenimiento de los “Austriacos de España” contribuyó a agravar ulteriormente: in-moralidad, incompetencia, corrupción de los administradores, imposición fiscal insoportable y despotismo religioso. Pero, para Di Rienzo:

el conjunto de estas consideraciones marcaba la fecha de nacimiento de un antiespañolismo técnico, muy distinto del pasado antiespañolismo político de los Doria y de los Giannone, que Ferdinando Galiani se ocupó de desarrollar y refinar en *Della moneta*, y, por tanto, en *Del dialetto napoletano*²⁵⁰.

El ataque de Galiani va dirigido especialmente contra la política monetaria y fiscal de los españoles.

Con Giuseppe Maria Galanti el alejamiento de los viejos temas del antiespañolismo “político” es radical:

La rapiña económica de las tierras meridionales, agravada por los vicios de la desigualdad tributaria, no se debía solamente, según Galanti, a la financiación de la máquina burocrática y militar de los *Austrias*, sino al intento de contener

²⁴⁸ J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: “Penisola Iberica”, en V. FERRONE y D. ROCHE (eds.): *L'Illuminismo. Dizionario storico*, Roma-Bari 1998, p. 418.

²⁴⁹ E. DI RIENZO: “L'Antispagnolismo a Napoli da Genovesi a Filangieri”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, *op. cit.*, p. 115.

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 119.

Introducción 2: *Antiespañolismo y decadencia en la cultura italiana*

la insubordinación señorial con una estrategia de donativos y a través de la creación de una compleja legislación feudal, que proporcionaba un amplio espacio de maniobra al dominio indiscutible del estamento togado, a la chusma ávida y corrupta de los *escribanos* y de los *paglietti* * ²⁵¹.

La revuelta de Masaniello, en sus resultados, desequilibra, según Galanti, aún más el *Mezzogiorno* de Italia acentuando el privilegio de la capital a la hora de representar a todo el reino.

Son temas, como es sabido, que se retomarán en la literatura post unitaria y se convertirán en parte de la batalla meridionalista. Es pues, necesario, prestar mucha atención a la compleja trama existente entre las “fuentes” y las “formas” del antiespañolismo. En el concepto de “fuentes” entiendo tanto el principio del proceso, esto es, los primeros materiales críticos disponibles para la construcción de una “tradición”, como aquello que garantiza consistencia y continuidad dándole con ello los títulos de legitimidad a la misma. Las “formas” son, en cambio, las representaciones, las convenciones y sus modos de comunicación.

2.5. *EN EL ROMANTICISMO DECIMONÓNICO:*

EL MITO NEGATIVO DE LA FUNDACIÓN NACIONAL

2.5.1. *L’Inferiorità intellettuale degli italiani: Francesco De Sanctis*

La centralización de la relación entre arte-ciencia-vida es quizá el *leitmotiv* de la *Storia della letteratura italiana* de Francesco De Sanctis. Carlo Muscetta observó justamente que también la dialéctica decadencia-resurgimiento estaba unida a aquella relación: cuando esta se infringe, aparece la decadencia, cuando se reconstituye, el resurgimiento. La lógica historicista del movimiento reside en la misma forma del arte como organismo en el que vive la dialéctica ²⁵².

Sin embargo, la génesis de la decadencia italiana, para De Sanctis, se encuentra en Guicciardini. Este no parece de la misma generación que Machiavelli, es

* N. del T. En italiano *paglietti* (*paglietta*, fem. sing.) es un tipo de sombrero de paja. Durante los siglos XVII y XVIII era una prenda usada, hasta el punto de identificarse con ella, especialmente por los abogados de Nápoles. El número de letrados fue en aumento y fueron tachados de corruptos al interpretar las leyes a su conveniencia.

²⁵¹ E. DI RIENZO: “L’Antispagnolismo a Napoli...”, *op. cit.*, p. 123.

²⁵² C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, p. XIX.

el “precursor de una generación más débil y más corrupta”²⁵³. De Sanctis reconoce que la *Storia d'Italia* es “el trabajo más importante que haya salido de mente italiana”²⁵⁴, pero Guicciardini no comprende la unidad y el significado de la tragedia nacional, se le escapa el conjunto, la tragedia es vista desde las calamidades que hieren a seres individuales:

por debajo de estos esplendores artificiales, un mundo de sólido esqueleto y de perfecto organismo, frío como la lógica y exacto como la mecánica, no más que un curso de fuerzas y de intereses seguidos en sus más íntimos recovecos por un intelecto superior²⁵⁵.

Machiavelli está por encima de Guicciardini. El primero percibe el drama italiano, lo vive en el círculo entre pensamiento y acción; por otro lado está en primer plano la “física histórica”, el juzgar caso por caso; para Guicciardini, “conocer no es llevar a efecto”²⁵⁶.

Se trata de un pasaje importantísimo en la planta ético-política unitaria de la *Storia* desanctisiana, que ha influido enormemente en las interpretaciones posteriores. Baste pensar en Pasqual Villari, que publica el primer volumen de *Nicolò Machiavelli e i suoi tempi* en 1877, el segundo en 1881 y el tercero, en el que Guicciardini goza de una amplia disertación, en 1882 (la obra fue traducida al alemán y, en 1892, al inglés).

De aquellas páginas de De Sanctis parten tres lugares comunes o recurrentes, que tendrán un largo recorrido:

- a) El nexo entre la ruptura del equilibrio, construido en la segunda mitad del siglo XV, y el principio de la decadencia italiana.
- b) La separación cada vez más acentuada de Italia respecto a Europa.
- c) La visión de la historia italiana como secuencia de “ocasiones perdidas” dirigidas a la construcción de la unidad nacional.

Propongo, –para un análisis más directo de la cuestión– un orden lógico que puede ser esquematizado de la siguiente forma: a) La relación entre España, Francia e Italia, b) La Italia de la decadencia y c) La cultura nueva como oposición.

²⁵³ C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, p. 609.

²⁵⁴ *Ibidem*, p. 615.

²⁵⁵ *Ibidem*, p. 1085.

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 610.

a) La relación entre España, Francia e Italia

Escribe De Sanctis, en el periodo de la Reforma y de la Contrarreforma:

restó romana toda la gente latina, España, Francia e Italia. Pero en Francia y en España no hubo, sino luego, feroces persecuciones, que dejaron inolvidables el tribunal de la Inquisición y el día de San Bartolomé. En aquellas luchas el espíritu nacional se restauró y se despertaron los intelectos y el sentimiento religioso exaltado de los intereses políticos y del fanatismo de la plebe fue factor de civilización, centralizó las fuerzas en torno a la monarquía absoluta, constituyó fuertemente la unidad nacional y dio a la vida intelectual un movimiento más rápido²⁵⁷.

Aquí está claramente subrayado el valor positivo del conflicto en la formación del espíritu nacional: y es verdaderamente la presencia de este importante factor de la dialéctica histórica el que determina la superioridad de las experiencias francesa y española respecto a la italiana. En Italia, dice De Sanctis, no hubo lucha porque no hubo conciencia: lucha y conciencia forman la nación:

Si Felipe II y Luis XIV podían decir, –el Estado soy yo–; España y el papa no podían decir, –Italia somos nosotros–. Faltaban aquellos gallardos consensos que vienen desde dentro y forman el vínculo nacional. El espíritu italiano obedecía inerte y no descontento, pero quedaba fuera, no empatizaba con ellos. Las viejas ideas ya no eran creídas con sinceridad, faltaban ideas nuevas que formasen la consciencia y fortaleciesen el carácter: por tanto, he aquí aquel consenso superficial y exterior, aquél estado de aquiescencia pasiva y de somnolencia moral²⁵⁸.

b) La Italia de la decadencia

Todo el discurso desanctisiano sobre la Italia de la decadencia está fundado sobre el fortísimo nexo entre el Quinientos y el Seiscientos. La pérdida de la libertad condicionó la evolución histórica italiana entre los siglos XVI y XVII:

Había inteligencia, pero no fuerza. Si el movimiento se hubiera podido desarrollar libremente, no hay duda de que habría encontrado su límite en las aplicaciones políticas y sociales, deteniéndose en las ideas medias, en las aplicaciones políticas y sociales menos lejanas de la realidad. Habríamos tenido, quizá, la patria de Machiavelli, una iglesia nacional, una religión purgada de su parte grotesca y absurda, una educación viril²⁵⁹.

²⁵⁷ C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, p. 651.

²⁵⁸ *Ibidem*, p. 652.

²⁵⁹ *Ibidem*, p. 653.

Las reacciones de los italianos fueron las de la “satisfacción de la catástrofe” y la de los “consensos para el nuevo dominio”. Los “motines de la plebe” se produjeron más “por la poca habilidad de los gobernantes que por la elevación de sentimientos de los súbditos”²⁶⁰.

Quien hubiese mirado entonces a Italia con ojo plebeyo, podría haberla tildado de tierra feliz. Revolución y guerra habían abandonado sus regiones; paz plena; los espíritus tranquilos, en reposo el cerebro. Las pequeñas cosas eran acontecimientos: Inglaterra tenía a Cromwell, ella tenía a Masaniello. Europa caminaba sin ella y fuera de ella, entre guerras y revoluciones en las cuales se elaboraba y se aceleraba la nueva civilización²⁶¹.

¿A qué se atribuía en Europa la “inferioridad intelectual de los italianos”? Ya no existía “fuerza”. Incluso “la inteligencia”, reconocida por De Sanctis en la Italia de la primera mitad del siglo XVI, había venido a menos. ¿A quién atribuir buena parte de esta responsabilidad? Al “mal gobierno papal y español”²⁶²: Iglesia y dominio español se convertían en una suerte de hendíadis constitutiva del agravamiento de las condiciones de la península entre los siglos XVI y XVII, en la génesis de un siglo, el Seiscientos, sin “el sentimiento de lo real”, identificado con el mundo hipócrita e inquisitorial de una Italia más parecida a un museo que a una sociedad de hombres vivos. En la Italia de la “teocracia autoritaria” reinaba la separación entre arte y vida, caracterizada por una “mecanización vacía”, por un “absoluto ocio interno”, por el “vacío de la consciencia”²⁶³.

c) La nueva cultura como oposición

Bruno, Campanella, Galilei y Sarpi fueron “los primeros santos del mundo moderno”²⁶⁴. En otros lugares, el pensamiento fue estimulado por la pasión y afinado por la lucha, como en los casos de Bacon y Descartes, listo para la aplicación. En Italia, en cambio, los pensadores fueron solitarios y fluctuantes.

Los mismos italianos tenían ya conciencia de su propia decadencia y, no acostumbrados a pensar con su propia cabeza, esperaban con avidez las ideas ultramontanas y mendigaban elogios de los forasteros²⁶⁵.

²⁶⁰ C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, p. 647.

²⁶¹ *Ibidem*, pp. 806-807.

²⁶² *Ibidem*, p. 811.

²⁶³ *Ibidem*, pp. 1003-1005.

²⁶⁴ *Ibidem*, p. 743.

²⁶⁵ *Ibidem*, p. 811.

A la aislada cultura de la oposición le acompañaron dos fenómenos típicos en la Italia del XVII: “la purga de las ideas” y la importación retardada de los movimientos intelectuales más modernos. Las ideas:

expulsadas de Italia con las hogueras, con los exilios, con las torturas y con los puñales, volvían a entrar bajo la protección de las ideas cristianas. En Europa la crítica salía del libre examen y de la rebelión; eran cosas heréticas. En Italia era parte de la Arcadia, un ejercicio intelectual sobre el pasado y se dejaba hacer. El crítico de Europa era Bayle, el de Italia Muratori ²⁶⁶.

En cuanto a los retrasos, Descartes llega a Nápoles setenta años después de su muerte con la *Física*, no con el *Método* y las *Meditaciones*; Grocio, Spinoza y Hobbes circularon entre pocos.

En sustancia, el antiespañolismo de De Sanctis hace referencia interna al “problema de Italia”, a la pérdida de la libertad como “catástrofe”. La categoría del “españolismo”, por lo demás nunca enunciada por el historiador de la literatura, no se configura ni como “tipo ideal”, ni mucho menos como estereotipo: esta puede ser sobre todo la representación del resultado de la particular fusión entre España e Italia en los siglos de la “decadencia”.

La fórmula de “mal gobierno papal y español”, usada por De Sanctis, no es como ha sido sostenido, un “reclamo genérico a las tristes condiciones de la península” ²⁶⁷, sino una hendiadís constitutiva de todo el razonamiento del historiador de la literatura, dirigida a construir sobre tales bases uno de los mitos negativos de la fundación nacional italiana.

2.5.2. *Sismondi y el Risorgimento italiano*

Sobre esta vertiente es ciertamente reconocible la unión de De Sanctis con la línea Sismondi-Quinet-Burckhardt ²⁶⁸: en particular es a la antinomia libertad-tiranía ²⁶⁹ de Sismondi a lo que presta atención De Sanctis, a la idea de aquel período de tres siglos de sufrimientos, languidez y humillación que comienza para

²⁶⁶ C. MUSCETTA: “Nota introduttiva” a F. DE SANCTIS: *Storia della letteratura italiana...*, *op. cit.*, pp. 812-813.

²⁶⁷ G. V. SIGNOROTTO: “Aperture e pregiudizi nella storiografia italiana del XIX secolo. Interpretazioni della Lombardia ‘spagnola’”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. REYERO (dirs.): *El siglo de Carlos V y Felipe II...*, *op. cit.*, vol. II, p. 377.

²⁶⁸ *Ibidem.*

²⁶⁹ Cfr. P. SCHIERA: “Presentazione” a J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane*, Turín 1996, pp. XLVII-XLVIII.

Italia en 1530 y que concluye sólo con Napoleón, allí donde asume todavía centralidad *L'uomo* de Guicciardini. Pero es otro hilo, no tan sutil, el que une a De Sanctis con Balbo y Manzoni; es decir, a aquellos que habían puesto el problema no tanto de los orígenes cuanto de la decadencia de la experiencia italiana ²⁷⁰.

Hemos visto como entre los siglos XVII y XVIII, Italia y España fueron asociadas al común destino de la marginalidad, al retraso cultural, lingüístico, artístico y económico respecto a las áreas más avanzadas de Europa ²⁷¹. En la era napoleónica el “discurso sobre Italia” adquiere una valencia más política. Dominación española como inicio de una larga fase de sujeción a lo extranjero, fin de la libertad y decadencia, reclaman inmediatamente la necesidad de una “reforma política” como “resurgimiento nacional”. Y es de hecho la generación napoleónica la que lanza las bases de una verdadera *koiné* del antiespañolismo, construida por la generación romántica, la cual se sirvió también de contribuciones de intelectuales no italianos.

Fundamentalmente, desde este punto de vista, es este el papel jugado por Sismondi a lo largo de una directriz que parte desde Carlo Botta y que, a través de Cesare Balbo y Alessandro Manzoni, llega hasta Francesco De Sanctis. Es Sismondi el que crea el bipolarismo entre un mito positivo y uno negativo. El positivo, que tendría una amplísima influencia en el romanticismo y en el *Risorgimento* italiano, es aquel de las ciudades medievales como anticipadoras de la libertad italiana. Es allí donde se forja el “carácter moral” de los italianos. La grandeza y la fuerza de Italia residen en la identidad entre la república, la virtud y la libertad ciudadana. El mito negativo no hace referencia solo a España: es la “traición” de los dos monarcas, el español y el francés que, con el tratado de Granada de 1500, decretaron el final de la “libertad italiana” ²⁷². Si la república es el mito positivo de Sismondi, los reyes, en este contexto histórico como en aquel ligado a la actualidad de la Restauración, son auténticos criminales que atentan contra la libertad ²⁷³.

Cierto, el *Risorgimento* italiano puede, sólo en parte, aceptar y hacer propia la invectiva antimonárquica lanzada por Sismondi: puede acoger la *pars destruens* que se refiere al absolutismo, a la razón de Estado, al legitimismo; puede acoger

²⁷⁰ P. SCHIERA: “Presentazione” a J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane*, *op. cit.*, p. LV.

²⁷¹ M. VERGA: “La Spagna e il paradigma della decadenza italiana...”, *op. cit.*, pp. 49 y ss.

²⁷² J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane*, *op. cit.*, p. 317.

²⁷³ *Ibidem*, p. 321.

la terrible oposición a los reyes extranjeros que reprimen la aspiración a la independencia y a la autodeterminación de los pueblos; puede acoger también la protesta contra los soberanos anticonstitucionales o “traidores” de la constitución anunciada, prometida y por poco tiempo “concedida”. No puede acoger –si se excluye el consenso de la minoría mazziniana y democrática– al republicanismo radical y a la concepción de la democracia fundada por el sufragio extendido y sobre el consenso de la mayoría.

Sin embargo, probablemente, los lugares de la *Storia delle repubbliche italiane* de Sismondi que provocan mayor impresión y tienen una mayor influencia en la construcción de la *koiné* para los patriotas italianos, son otros: precisamente allí donde aparece más inmediata la equivalencia entre las dos potencias dominadoras, la del Imperio español entre los siglos XVI y XVII y la del Imperio austro-húngaro en el XIX. Los elementos para una legitimación de esta equivalencia, se encuentran más que profusamente en Sismondi. No hay más que reflexionar en cómo viene descrita la invasión de los españoles en las tierras de la Serenísima tras la Paz de Blois (1513):

Ocuparon las regiones del paduano, el veronés y el vicentino, desde el 13 de junio hasta finales de otoño. Fue durante esta invasión cuando los españoles expresaron aquella fría crueldad que produjo el horror en Italia; aquella codicia que hacía multiplicar las torturas, que inventaba suplicios cada vez más atroces para arrancar oro a los prisioneros ²⁷⁴.

Aquí se funda un nuevo motivo recurrente en el antiespañolismo resurgimental: la violencia, la cruda ferocidad de las tropas españolas, a veces no motivada ni siquiera por los inevitables horrores de la guerra, sino “fría” de hecho, casi gratuita. También Burckhardt que, a diferencia de Sismondi, expresa en la *Civiltà del Rinascimento in Italia* un juicio más articulado sobre los españoles –someten a Italia pero la salvan del peligro turco– retoma el modelo de los males que hubo de sufrir la península por las tropas extranjeras. Es más, encarece la dosis y ataca duramente a los españoles:

en los cuales, quizá una vena de sangre no occidental y quizá también la costumbre a los espectáculos de la Inquisición, despertaron el lado diabólico de la naturaleza humana ²⁷⁵.

Allí donde me parece incluso aflorar una visión decididamente racista y tendente a hacer palanca sobre un cuasi extranjerismo de España respecto al mundo

²⁷⁴ J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane*, op. cit., p. 322.

²⁷⁵ J. BURCKHARDT: *La civiltà del Rinascimento in Italia*, Florencia 1980, p. 98.

occidental y sobre su demonización; es —creo— un aspecto interesante de la “leyenda negra” en el XIX romántico.

Pero regresemos a Sismondi. La lógica de la violencia no está solo conectada a la condición de la invasión y de la guerra: también el método de gobierno de los territorios no puede quedarse atrás. En la época de Carlos V “el reino de Nápoles había sido gobernado y devastado por los españoles”²⁷⁶. Regresa, una vez más, la “fría barbarie” en el juicio sobre el *Sacco* de Roma de 1527²⁷⁷. Para Sismondi, 1530, fecha de la coronación de Carlos V en San Petronio, da inicio a un “periodo de sufrimiento, de debilidad y de humillación”²⁷⁸ para Italia. Sin embargo, la responsabilidad no es atribuible sólo a Carlos V y a los españoles. El razonamiento de Sismondi es más complejo e introduce un elemento de originalidad en el “discurso sobre Italia” y sobre las causas del fin de su “libertad”: en el origen se encuentran la responsabilidad y la miopía política de Francia y de sus soberanos desde Carlos VIII a Francisco I:

La invasión francesa había terminado con dar a los mayores enemigos de Francia el dominio de aquel país tan rico, tan trabajador y cuya posesión era tan deseada por todos. La casa de Austria no habría realizado nunca la conquista de Italia si Carlos VIII, Luis XIII y Francisco I no hubiesen destruido con anterioridad la organización militar y las riquezas; si no hubiesen introducido estos mismos a los españoles en el reino de Nápoles y a los alemanes en el Véneto, olvidando que tanto los unos como los otros debían poco después obedecer a Carlos V. [La miopía política, en segundo lugar]: Convenía a Francia que Italia fuese independiente; la política codiciosa e improvisada que le hizo buscar a sus súbditos allí donde no debía haber más que aliados, fue para esta el origen de largas desventuras²⁷⁹.

En sustancia, juegan un papel relevante en este juicio de Sismondi no sólo la consueta polémica antimonárquica, sino también un evidente condicionamiento de la lectura del pasado próximo de la historia europea. Este condicionamiento va precisándose ulteriormente en el lugar culminante de la *Storia delle repubbliche italiane*: aquél dedicado a la función de Napoleón. Escribe Sismondi:

Fue de este modo que la invasión de los franceses, a finales del siglo XVIII, restituyó a Italia todas las ventajas que su invasión, a finales del XV, le había hecho perder. Cuando Carlos VIII, entrando en Nápoles con su ejército victorioso el 22

²⁷⁶ J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane...*, op. cit., p. 327.

²⁷⁷ *Ibidem*, p. 335.

²⁷⁸ *Ibidem*, p. 342.

²⁷⁹ *Ibidem*.

de febrero de 1495 trastornó la vieja política italiana y dio inicio a las calamidades que finalmente hicieron precipitar a toda la península bajo el yugo de los ultramontanos, la nación italiana se consideraba siempre como la primera de Europa; había sin embargo perdido casi en todas partes su libertad y, de las cinco repúblicas con las que contaba todavía, cuatro eran aristocracias limitadas. Cuando, el 23 de febrero de 1796, Napoleón Bonaparte fue colocado al frente del ejército francés en Italia, dio inicio a una regeneración que restituyó a la nación italiana más libertad de cuanta hubiese perdida ²⁸⁰.

Por tanto, el resarcimiento napoleónico después de tres siglos de desventuras tiene un valor inestimable. En este punto, Sismondi no solo redimensiona su política antimonárquica, sino que precisa con palabras muy eficaces el valor, la sustancia de la libertad y su identificación con la democracia, que pueden prescindir también de la forma de gobierno.

Es la participación del gran número al gobierno, y no la denominación de república más que la de democracia, la que constituye esta libertad; es sobre todo el reino de las leyes, la publicidad en la administración como en los tribunales, la igualdad de los derechos, la supresión de los obstáculos al pensamiento, a la instrucción, a la religión.

Son de hecho los franceses los cumplidores de esta obra: la coalición ha destruido todo y ha conducido a Italia bajo el yugo de Austria. El valor patriótico de la historia de Sismondi queda sellado en la última frase de su obra: “Europa no tendrá paz hasta que la nación, que encendió en la Edad Media la llama de la civilización, pueda gozar a su vez de la luz que creó” ²⁸¹.

Es ciertamente esta conclusión “militante” la que hace, por tanto, comprender mejor el sentido del antiespañolismo de Sismondi. El trinomio patria-nación-libertad como fundamento de la transformación de la sociedad italiana, debe alimentarse también de una lectura del pasado tendente a identificar mitos positivos y negativos. Entre los mitos positivos, uno potentísimo sobre el que hacer hincapié es el de las libertades ciudadanas italianas. Es cierto que estos mitos excluyen la parábola mucho antes de que la península fuera invadida por los extranjeros. Se trata de un punto lo suficientemente claro para Sismondi. Queda, en cualquier caso, el hecho de que incluso durante la dominación española, y desde las antiguas repúblicas, ya tiempo atrás convertidas en oligarquías, se liberó algo de oposición a la hegemonía imperial. Bien la conjura genovesa ²⁸²,

²⁸⁰ J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane...*, *op. cit.*, p. 362.

²⁸¹ *Ibidem*, p. 363.

²⁸² *Ibidem*, pp. 351-352.

bien la política exterior de Venecia²⁸³, son interpretadas por Sismondi en clave antiespañola.

Sin embargo, el mito positivo más eficaz es el napoleónico: Napoleón realiza para Italia la posibilidad de una regeneración nacional, una transformación de la sociedad, una realización llena de la libertad fundada sobre la participación de la mayoría en el gobierno del país.

El mito negativo está constituido por la monarquía absoluta, por la participación decisiva ofrecida a la Iglesia y al papado en la conservación del absolutismo, por la coalición de los soberanos que sustenta el dominio austríaco en Italia. En la construcción de este mito negativo juega una función importante la representación de España y de los españoles. El antiespañolismo como tipo ideal que asimila a España en Italia a un gobierno maléfico, opresor de todas las libertades, frío en su feroz determinación.

2.5.3. *El uso político del estereotipo: El “españolismo parlamentario”*

Una contribución decisiva en la elaboración del antiespañolismo y en las formas heredadas por la Italia liberal viene ofrecida por Vincenzo Cuoco en el *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*. Obsérvese atentamente, en primer lugar, la referencia de Cuoco a Federico II. Este subraya lo extraordinario de la velocidad de esta experiencia de gobierno: “Federico II no fue para nosotros más que un relámpago, al que sucedió una noche más horrible”²⁸⁴. Aquí el reclamo a lo suevo constituye un polo análogo y, al mismo tiempo, diferencial respecto a otro periodo crucial de la historia del *Mezzogiorno*: el español. El tema puesto por Cuoco es la determinación del

grado de felicidad y de potencia que un gobierno sabio podría ser capaz de conducir a la nación napolitana [...]. Pero esta nación tiene la desgracia de haber sido vilipendiada por no ser conocida: los españoles la conocían, y la temían; Federico II la conocía y la amaba²⁸⁵.

Justo a la pareja formada por conocimiento-temor, pueden reconducirse algunas “máximas” del gobierno español en el *Mezzogiorno*: destruir aquello que

²⁸³ J. C. L. SIMONDE DE SISMONDI: *Storia delle Repubbliche italiane...*, op. cit., pp. 356-357.

²⁸⁴ V. CUOCO: *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*, ed. de A. de Francesco, Mandria-Bari-Roma 1998, p. 267.

²⁸⁵ *Ibidem*.

no se puede conservar; refrenar entre los “lazos de una justicia cavilosa”, los impulsos no fácilmente disciplinables como aquellos de la nobleza “generosa y potente”; descuidar todo aquello que no puede ser materia de disputa parlamentaria, esto es la agricultura, las artes, el comercio y las ciencias útiles; multiplicar más allá del deber:

una clase de personas peligrosas en todo Estado, porque podían convertirse en ricas sin ser industriales, o lo que es lo mismo, sin que su industria produjese nada²⁸⁶.

En sustancia, casi todas estas referencias de Cuoco al papel de España en la vida económica, social y civil del *Mezzogiorno* constituyen el contrapunto negativo que tiene el objetivo de resaltar y exaltar mejor los periodos positivos de la historia de Nápoles. Es, así, desde la venida de Carlos III cuando “la nación napolitana comenzaba a respirar tras increíbles males que durante dos siglos de gobierno virreinal había sufrido”²⁸⁷: como ejemplos son citados el descenso de la autoridad de los barones y la abolición de los donativos que “habían sustraído sumas inmensas a la nación, transferidas, sin regreso, a España”. El escritor molisano no vacila en tal aspecto llegado el momento de polemizar con Montesquieu, pues “dice que España conservó a Italia enriqueciéndola. Demasiado inexactos debían ser los autores que Montesquieu consultó acerca de nuestra historia”²⁸⁸.

Cuoco revela de este modo un pasaje extraordinario en la construcción de aquella categoría del antiespañolismo que tanto relieve tendrá en el curso del siglo XIX italiano, ya sea en la fase de la formación preunitaria, cuando constituya, como hemos visto, uno de los ejes portadores de la ideología resurgimental y del empuje a la independencia de lo extranjero, como en la construcción de la Italia unificada cuando sea utilizada para cualificar las degeneraciones y las patologías de los sectores de la clase dirigente liberal. El historiador molisano retoma todos los temas y los puntos polémicos de una larga tradición que, de entre las fuerzas más vivas de la cultura meridional, nace ya en la primera mitad del XVII —piénsese en el economista cosentino Antonio Serra y en su polémica en relación con los “napolitanos poco industriales” (*vide infra*)—, pero que alcanza sus expresiones más completas en el periodo comprendido entre la “crisis de la conciencia europea” y la época ilustrada en su primera y segunda generación, desde Genovesi a Galanti.

²⁸⁶ V. CUOCO: *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*, op. cit., p. 273

²⁸⁷ *Ibidem*, p. 264.

²⁸⁸ *Ibidem*.

Hay una coyuntura en la que todos los motivos presentes de la larga tradición del prejuicio desfavorable hacia los españoles precipitan en la batalla política italiana: los primeros años del poder de la izquierda. Es la “izquierda joven” desanctisiana la encargada de asestar los golpes más pesados. El año decisivo es el de 1879, fecha de la publicación de *I meridionali alla Camera* de Michele Torraca y del *Appello per le future elezioni politiche*, firmado, entre otros, por Filippo Abignente, Tommaso Sorrentino, Davide Consiglio y Michele Torraca. El blanco político es Nicotera y el Nicoterismo y en ambos textos se usa una categoría de “españolismo parlamentario”. El vicio de la izquierda en la cámara es:

la más horrible especie de españolismo parlamentario, que alrededor de patronos reúne grupos de clientes, y un patrón es rival de otro y este grupo se convierte en enemigo del otro²⁸⁹.

Así, el españolismo parlamentario, sinónimo de personalismo, clientelismo, intromisión, corrupción, se convierte en seña de infamia atribuida al Nicoterismo: una categoría histórica se transforma en instrumento de batalla política, fundiendo las fuentes del estereotipo del antiespañolismo, en particular el Doria de la máxima “*divide et impera*”, con la elevada meditación intelectual de Cuoco.

2.5.4. *Feudalismo, parasitismo económico y Mezzogiorno español*

En los primeros años ochenta del siglo XIX, durante la fecundísima estación del positivismo jurídico italiano, el problema de la relación entre España e Italia estuvo en el centro de la consideración histórico política, dado que se unía a tres cuestiones que estaban por completo en el corazón de una parte de la intelectualidad italiana: la cuestión meridional, la relación entre las instituciones centrales, periféricas y locales del Estado y la relación entre la evolución feudal y la municipal de la sociedad italiana. La edición y/o la reedición de algunos textos ejemplifican la susodicha coyuntura. En 1881 se imprime el volumen de A. Rinaldi, *Il comune e la provincia nella storia del diritto italiano*. En el mismo año Nicola Santamaria publica en Nápoles *I feudi, il diritto feudale e la loro storia nell'Italia meridionale*. En 1882 aparece *Governo e governati in Italia* de Pasquale Turiello. Un año después es el turno de la segunda edición de la *Storia degli abusi feudali* de Winspeare y en 1883 Nunzio Federico Faraglia da a la imprenta *Il comune nell'Italia meridionale*.

Algunos de estos textos, en particular la obra de Nicola Santamaria, fueron leídos como una especie de enlace o unión entre la visión de Enrico Cenni, expresada en sus estudios del derecho público de 1870, y el juicio de Benedetto

²⁸⁹ M. TORRACA: *I meridionali alla Camera*, Nápoles 1879, p. 50

Croce, volcado en particular en su *Storia del Regno di Napoli*. La exaltación del papel de los juristas, realizada por Cenni, y la interpretación romanizante del derecho de sucesión feudal, habrían enlazado con la perspectiva de Nicola Santamaria:

según la cual, la tradición ininterrumpida del municipio romano había asegurado a la Italia meridional una protección válida contra el elemento feudal, evitándole luchas antifeudales similares por amplitud y violencia a las que habían lacerado a Francia y a Alemania, y los cambios en sentido privatizado del derecho de sucesión habían corroído en su misma razón de ser el sistema feudal ²⁹⁰.

Después, la idea de un progresivo vaciado del sistema feudal meridional sería retomada por Croce, acentuando el peso y el papel de la privatización y comercialización de la tierra en el *Mezzogiorno* moderno. Esta lectura me parece demasiado simplista en su linealidad. Incluso si son comunes a los autores considerados algunos empujes ligados al contexto político y cultural de los últimos decenios del XIX —la reflexión sobre el *Risorgimento* italiano, sobre sus relaciones con la revolución francesa, sobre la identidad histórica del *Mezzogiorno* en el nuevo Estado unitario— no puede minusvalorarse la importancia de la coyuntura de los años ochenta del Ochocientos para la construcción de modelo del antiespañolismo sobre algunas de las bases específicas unidas a la historia del *Mezzogiorno* moderno: la cuestión feudal, la relación entre feudos y municipios, la dialéctica entre utilidad y parasitismo económico. La fuente principal de referencia, para este plano de elaboración, es Winspeare.

El juicio negativo sobre el gobierno español en el *Mezzogiorno* por parte del historiador de los abusos feudales es articulado pero explícito: este hace referencia a la extensión de la calidad feudal de las tierras, a la inflación de los títulos, a la desaparición de toda “carrera útil”, de toda profesión y arte liberal derogatoria de la nobleza y a la íntima y profunda compenetración entre españolismo y aristocracia.

Bajo Carlos V, para Winspeare, una política conducida dentro de los límites del derecho feudal estatal, crea casi un embrión de aquella que será la futura comisión feudal, pero fracasa dado que la fuerza del soberano está privada del apoyo de la administración ²⁹¹: se trata de un motivo —aquel de la relación entre el derecho y el hecho, y su desequilibrio— que tendrá notable éxito en la construcción del antiespañolismo. Otro tema importante: la relación feudos-ayuntamientos.

²⁹⁰ A. M. RAO: “Morte e resurrezione della feudalità”, en *Dimenticare Croce Studi e orientamenti di storia del Mezzogiorno*, Nápoles 1991, pp. 113-114.

²⁹¹ D. WINSPEARE: *Storia degli abusi feudali*, Bolonia 1978 [facsimil de la 2ª ed. de 1883], p. 21.

Winspeare denuncia con fuerza el hecho de que los barones, durante el periodo virreinal, hicieran recaer el pago de los donativos sobre los ayuntamientos (de 90 millones pagan sólo la octava parte). Escribe que “la ley que permitió a los ayuntamientos recomprarse, fue el origen de su ruina”²⁹². Reconstruye la modalidad de la dependencia de la administración al baronazgo, la historia de la “anarquía y de los horrores”, es decir, la reacción violenta y atroz “bajo el velo de la justicia y con el beneplácito de la autoridad pública”, ejercitada por los barones contra las revueltas de los municipios de 1647-1648²⁹³. El ejercicio de la jurisdicción baronal es objeto de la máxima importancia en el tratamiento que sobre el mismo ofrece Winspeare. Escribe:

La práctica de la jurisdicción en manos de los barones ha borrado durante mucho tiempo de los ánimos del vulgo toda opinión de justicia y de fuerza pública por muchas razones. Primera, la elección de estos oficiales de justicia caía sobre personas movidas solo a servir los intereses particulares de los barones, sus clientes. Segunda, bien por el ordinario demérito de estos jueces, bien por el parangón degradante que establecía entre éstos y los magistrados regios, la carrera de los primeros era advertida con una desconfianza de opinión casi cercana a la infamia. Estos jueces no tenían otra meta a la que aspirar si no a la de las ganancias, o bien a la de obtener el favor del barón al que servían, y administraban la justicia con el noble ánimo de no poderse granjear nunca la opinión pública. Tercera, la facultad de ganancias y la composición, estableció una idea de justicia tal que la corrupción no ha parecido más, a ojos de los prevaricadores y de los prevaricados, que una gradación de multas y de daños civiles²⁹⁴.

Winspeare identifica la responsabilidad virreinal, entre otras cosas, en el haber transformado las cortes baronales en verdaderos y propios “talleres de justicia”. Y el juicio negativo embiste a otro sujeto: el estamento jurista (forense).

El estamento de los hombres de leyes ha sido tomado por otras naciones como el presidio de la libertad civil y de la doctrina liberal, mientras que en el reino de Nápoles, por un efecto de la misma constitución civil, ha sido el baluarte del antiguo sistema de jurisprudencia y de administración²⁹⁵.

La reedición de la *Storia degli abusi feudali* en la coyuntura de los años ochenta ha de ser considerada, como se decía, en estrecha relación con las obras de

²⁹² D. WINSPEARE: *Storia degli abusi feudali*, op. cit., p. 23.

²⁹³ *Ibidem*, p. 30.

²⁹⁴ *Ibidem*, pp. 27-28.

²⁹⁵ *Ibidem*, p. 32.

Santamaria, de Turiello y de Faraglia²⁹⁶. El jurista napolitano Nicola Santamaria identifica el feudalismo con la barbarie y con la completa ausencia de toda vida de relación²⁹⁷. Si bien a partir de la Baja Edad Media termina “el periodo heroico del feudalismo”, su decadencia no es rápida: es más, la “forma feudal” y la sociedad fundada sobre esta, es decir, sobre el binomio de la propiedad y la soberanía política, judicial y militar (la jurisdicción), fueron predominantes aún durante siglos en el *Mezzogiorno*. Se trata de una sociedad que no se apoya sobre el consenso, sino sobre la fuerza y sobre el “despojador”²⁹⁸. La atención no sólo a las características jurídicas del feudo, sino también a su antropología y sociología; los vínculos con la literatura europea sobre el tema (Robertson, Fustel de Coulanges...); el interés a la relación ayuntamientos-feudos y el juicio, globalmente negativo sobre España en el *Mezzogiorno*, son ideas presentes en el *Governo e governati* de Pasquale Turiello²⁹⁹. Nunzio Federico Faraglia, en cambio, pone con fuerza el problema de la diferencia entre el ordenamiento formal y su aplicación como constante de la historia política y social del virreinato napolitano.

En definitiva, a finales del siglo, en la cultura política italiana, el españolismo se presenta especialmente como dicotomía entre derecho y hecho, entre el plano de la legislación y el de la aplicación de las normas y de la práctica política.

Y es esta dicotomía la que también se encuentra en un documento aparentemente lejano de la materia que estamos tratando, pero que, a mi parecer, está profundamente conectado: me refiero al análisis sobre la administración del ayuntamiento de Nápoles, conocida como “*Inchiesta Saredo*”. En el prólogo al importante documento, la denuncia del “infausto periodo de la dominación española”, de la “jurisprudencia cavilosa” y del “clientelismo” pueden convivir con el relieve positivo reservado a algunos aspectos del gobierno español en el *Mezzogiorno*, referentes, especialmente, a la legislación administrativa. Es el caso de la pragmática *De officialibus et hiis quae eis prohibentur* del 30 de marzo de 1622, que prescribía el inventario de todos los bienes poseídos por los funcionarios públicos en el momento de ser nombrados:

²⁹⁶ Cfr. para este y otros aspectos aquí considerados, G. GALASSO: “David Winspeare: il feudo come abuso e la storia come bipolarità”, *Archivio di Storia della Cultura* 1 (1988), pp. 179-217.

²⁹⁷ N. SANTAMARIA: *I feudi, il diritto feudale e la loro storia nell'Italia meridionale*, Nápoles 1881, pp. 10-11.

²⁹⁸ *Ibidem*, pp. 27 y ss.

²⁹⁹ Remito a dos ensayos míos de próxima publicación: *Il significato del 1799 nella tradizione storico-politica dell'Italia liberale*, y *L'Italia antiliberale: l'opera di Vincenzo Cuoco nella riflessione di Pasquale Turiello*.

revela que renovar debía entonces a aquellos que pasasen a otro puesto para saber si éstos habían acrecentado o bien hubiesen disminuido [...]. Todos estos inventarios pasar debían a manos del Secretario del Reino para saberse cuáles bienes poseyeran, bajo la pena de perderse todo aquello que maliciosamente se hubiera ocultado, y también del cuádruplo.

En sustancia, la legislación española reconocía el principio en base al cual “para quien ejerce las funciones públicas debe ser clara la razón de los medios a los cuales debe su sustancia”. Distinto el discurso —y bien se entiende— de la praxis y de la aplicación de tal principio: sobre este terreno, desde la época española, “las consideraciones del interés privado prevalecían sobre el interés público”³⁰⁰.

Sobre los mismos años tomados aquí en consideración, se publica en Milán la obra de Tommaso Fornari (1882), *Delle teorie economiche nelle province napoletane dal secolo XIII al 1734*. En ella, viene enunciado con fuerza el paradigma del parasitismo económico como una de las líneas maestras del gobierno español en el *Mezzogiorno*, unida, en cualquier caso, al comportamiento de la sociedad civil. Fornari retoma una larga tradición que inicia con Tommaso Campanella y Antonio Serra, prosigue con Paolo Mattia Doria, Carlantonio Broggia y el pensamiento ilustrado, culminando con Ludovico Bianchini³⁰¹. Doria y Broggia, en particular, indicaron con claridad un motivo fundamental que impedía el aflujo de capitales a la producción: la inversión en la deuda pública, en el sistema fiscal napolitano de los impuestos directos e indirectos, constituía el empleo más seguro y garantizaba la recuperación del capital. Genovesi, Palmieri y Galanti se pararon a menudo a analizar la conducta económica y política, desventajosa para el desarrollo del *Mezzogiorno*, fundada sobre la primacía de los empleos parasitarios del dinero, de las rentas de posición, de la percepción fácil del rédito a través del aprovechamiento integral de la inmunidad, privilegios y jurisdicciones. Eran después estas, en buena medida, las razones del juicio gravemente negativo que ilustrados y reformadores expresaron sobre la dominación española: esta se identificaba con los retrasos del sur de Italia respecto a otros Estados europeos más avanzados. Por tanto, los puntos polémicos aparecían claros: la carencia de espíritu de iniciativa de los meridionales, suposición del fácil enriquecimiento de los empresarios extranjeros; el contexto socio-cultural, es decir, el dominio de un sistema señorial de retirada y empleo del rédito; la formación de un modelo estatal

³⁰⁰ Cfr. *Regia Commissione di inchiesta per Napoli. Relazione sull'amministrazione comunale*, ed. de G. Saredo, Roma 1901, pp. 836-839.

³⁰¹ Cfr. A. MUSI: *Mezzogiorno spagnolo. La via napoletana allo Stato moderno*, Nápoles 1991, pp. 173-176 en particular.

sobre el compromiso español entre una acentuada fiscalidad, que permitía la sustracción neta de la riqueza del país dominado, y la prosperidad de los rentistas que gestionaban el mecanismo fiscal. Ciertamente que no se podía pedir a los hombres que acompañaban la crisis del Antiguo Régimen que historizasen radicalmente las manifestaciones a través de la mirada fría del análisis. Además, los intelectuales napolitanos del XVIII no dejaban a sus espaldas un “gran siglo” como para mitificarlo, tal y como podía ser considerado el de Luis XIV, exaltado por Voltaire en comparación con la degradación civil y política del reinado de Luis XV, magnificado posteriormente por Thierry como la representación de la victoria del espíritu empírico sobre el metafísico.

Así pues, Fornari, en los primeros años ochenta del siglo XIX, añade poco a la acumulación y sedimentación de fuentes que han contribuido a construir el paradigma del parasitismo. Denuncia la política agrícola española, la trama entre abusos feudales y gubernativos, el cúmulo de inmunidad y privilegios baronales y eclesiásticos, así como los efectos de la venalidad de los cargos, siguiendo la estela del historiador de las finanzas napolitanas Ludovico Bianchini.

Fornari, sin embargo, añade un elemento muy importante al cuadro: subraya que la inteligencia de los economistas, aunque presentes y vivaces en el reino de Nápoles, fue impotente contra la política española, la ignorancia, la corrupción burocrática y el privilegio nobiliar y eclesiástico. Se trata de aquella visión pesimista de las relaciones entre los intelectuales y la política que constituye también un *leitmotiv* en la historia de la cultura napolitana y casi un retorno cíclico hasta los tiempos más recientes y cercanos a nosotros.

2.6. *EL ANTIESPAÑOLISMO RADICAL EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX:*

GABRIELE PEPE

Entre la segunda mitad de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, se agitan en Italia aquellas que en otro lugar he llamado “banderas de papel”³⁰²: la “guerra fría” se combate también en el frente de la cultura entre los intelectuales del área marxista y los del área laica liberaldemocrática. Sin embargo, ambas áreas se reencuentran en torno a una exigencia común: reconstruir los contenidos de la tradición cultural italiana, aunque son muy diferentes los modos de entenderla incluso dentro del mismo área marxista de referencia. Baste pensar,

³⁰² A. MUSI: *Bandiere di carta. Intellettuali e partiti in tre riviste del dopoguerra*, Cava de’ Tirreni 1996.

para este propósito, al activo conflicto que opuso entre 1945 y 1947 a los redactores de *Società* con el grupo dirigente del partido comunista y su secretario Palmiro Togliatti. Mientras los primeros se proponían hacer cuentas con:

ciertos nudos de la cultura nacional (con la experiencia de la *Voce* por ejemplo), de valorar algunos aspectos relevantes de cultura moderna europea (del existencialismo al neopositivismo), de abrir hacia la cultura rusa, en la cual el nexo literatura/sociedad se había presentado en términos actuales y estimulantes³⁰³.

Togliatti insistía sobre la continuidad de una línea interna a la tradición italiana que desde Vico llegaba hasta Croce y Gramsci. Es conocido que a esta semblanza del desencuentro se añadía también el hecho del modo de entender la relación entre los intelectuales y la política: al modelo del “intelectual especialista” exaltado por los redactores de *Società*, en particular por Delio Cantimori, verdadero padre inspirador de los primeros años de experiencia de la revista, se oponía el modelo del “intelectual orgánico” exaltado por Togliatti sobre la base de una lectura *ad usum delphini* de los *Quaderni* de Gramsci.

Un trabajo notable de investigación y debate político-cultural desarrolló la revista *Società* también en el frente de la historiografía. En este nivel, los intereses se orientaron sobre todo a remarcar la profunda unión entre la experiencia histórica europea y la italiana. Se explica por ello la atención privilegiada hacia temas como la Reforma, el año de 1848 o la historia del movimiento obrero. Desde este punto de vista aparece bastante estrecho el vínculo entre *Società* y la *Biblioteca Storica Sansoni*. Baste recordar algunos de los títulos publicados en la prestigiosa colección florentina que da inicio, de hecho, con los *Eretici italiani del Cinquecento* de Cantimori. Así, nos encontramos con el volumen de Carlo Antoni, *Dallo storicismo alla sociologia*, el de Roland Bainton sobre *Bernardino Ochino esule e riformatore senese del Cinquecento*, las *Ricerche campanelliane* de Firpo, *Utopisti e riformatori italiani* nuevamente de Delio Cantimori y el *1848-1849* de varios autores como Barbagallo, Sereni, Russo, Jemolo y, una vez más, Cantimori.

El decimonoveno título de esta colección, publicado en 1952, es obra de Gabriele Pepe, *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli. La tradizione storiografica*. El término tradición, usado en el subtítulo, remite precisamente al contexto político-cultural e historiográfico de los años en los cuales ve la luz el volumen. De un lado, este refleja la exigencia de recuperar el sentido filológico de tradición según la visión cantimoriana de la responsabilidad del intelectual como especialista y “portador de materiales”: en este caso se trata de transmitir los textos, de

³⁰³ Son palabras de Cesare Leporini extraídas de uno de los primeros números de *Società*, para la cual cfr. A. MUSI: *Bandiere di carta...*, *op. cit.*, pp. 15 y ss.

reconstruir la tradición de las fuentes relativas al juicio histórico-político de la dominación española en el *Mezzogiorno* de Italia desde el siglo XVIII al XX. De otro, la transmisión subraya también la sustancial “continuidad de la tradición”, en la cual son reconocibles los valores fundadores de la mejor cultura ético-política italiana en fecunda relación con aquella de los países europeos más avanzados. Así, el término tradición incorpora, precisamente, sus tres significados más importantes: El *tradere* * en sentido filológico, el “transmitir” usos y costumbres y el “retomar” para continuar.

En realidad, para la tensión ideal del autor, el *Mezzogiorno de Italia* oscila continuamente entre el estudio histórico del antiespañolismo meridional y la proyección del antiespañolismo del autor sobre la literatura analizada.

Más allá de la valoración de las cuestiones específicas que discutiremos, el volumen de Pepe se inscribe en el atormentado itinerario de su autor que, a partir de los años treinta y cuarenta, asumió como interlocutor privilegiado el historicismo de Croce y debió medirse con el problema del mal, de la decadencia, de la dialéctica entre lo negativo y lo positivo en la historia³⁰⁴. En la perspectiva de Pepe no hay superación de lo negativo y de la decadencia en la historia del *Mezzogiorno* de Italia. Más bien puntos de partida de su obra serían la larga duración de la decadencia y una diversa periodización de fe historicista que, al mismo tiempo, toma distancia de cualquier visión optimista de la historia:

El presente puede transformarse en un porvenir mejor solo si se construye sobre el pasado: un pueblo no es una identidad étnica, racial o climática, sino que es una realidad histórica, esto es, una síntesis de milenios de desgracias y de fortunas. El *Mezzogiorno* tiene su historia que, desde hace muchos siglos, no es como aquella de otros pueblos, una mezcla de desgracias y fortunas, sino más bien un único subseguirse de desgracias: desde la muerte de Federico II, a pesar de haberse producido buenos paréntesis con el del infeliz Ferrante de Aragón y el de Carlos de Borbón, el *Mezzogiorno* ha ido precipitándose en una Decadencia, cuya descripción en estas páginas no es tarea nuestra, que debe estar presente en nuestras conciencias³⁰⁵.

* N. del T. *Tradere* (lat.). Término latino del cual deriva la palabra italiana *Tradire* (traicionar, revelar algo inoportunamente, faltar a la palabra dada) que significa en origen dar, entregar, confiar.

³⁰⁴ Cfr. A. CASALI: *Storici italiani fra le due guerre. La “Nuova Rivista Storica” (1917-1943)*, Nápoles 1980, p. 123.

³⁰⁵ Cfr. G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli. La tradizione storiografica*, Florencia 1952, pp. IX-X.

La unión entre exigencia filológico-crítica y tensión ético-política es, para Pepe, el motivo inspirador de la relación pasado-presente: en este profundo crociano (de B. Croce), el autor reivindica la contemporaneidad de la historia. En las conclusiones Pepe, más allá de presentar su visión de la historia, quiere también subrayar la coherencia de la metodología adoptada, que circula como motivo conductor también en sus otras obras:

A este estudio seguirá otro análogo sobre las fuentes del virreinato. Solamente entonces podremos procurar nuestra visión del periodo histórico del cual nos ocupamos. Por ahora podemos anticipar solo algunas conclusiones. Nuestra investigación tiene un valor metodológico: hemos querido indicar cómo, a nuestro modo de ver, debe ser leída y criticada la literatura historiográfica; cómo van indisolublemente unidas *certeza y verdad*, cómo deben eliminarse los prejuicios, las malas informaciones. Hemos pues aplicado para un periodo de la historia moderna aquello que dijimos a propósito de los estudios medievales en la *Introduzione allo studio Medioevo latino*. La nuestra no ha sido una bibliografía anodina: no hemos querido hacer el juicio al virreinato; ni siquiera hemos querido (como declaramos al inicio de las investigaciones) *saber por saber*, como perezosos holgazanes cuya vida no parece breve porque no tienen ninguna experiencia en el arte; hemos querido conocer y juzgar la realidad histórica del virreinato en relación a los temas de la problemática actual del *Mezzogiorno* ³⁰⁶.

La fuente más importante del antiespañolismo de Pepe es el modelo desantistisiano. El siglo XVII es el periodo culminante de la decadencia meridional en la historia europea. Ciertamente que la “crisis italiana” comienza en el siglo precedente, cuando:

una gigantesca crisis política despedazó definitivamente la historia italiana en la historia de tantas Italías, mientras que en el periodo del Magnífico Lorenzo se habían trazado las grandes líneas de una política inter-italiana. La crisis pues, fue italiana, pero, mientras el resto de Italia resucitó lentamente, de tal modo que al llegar a la unidad algunas regiones tenían un nivel de vida igual al de otros países europeos, el *Mezzogiorno* no superó nunca su crisis, más bien la vio agravarse. La historia del agravamiento de la crisis en el *Mezzogiorno* es la historia de la dominación española ³⁰⁷.

Son estas tesis las que pueden explicarse plenamente, bien por lo que atañe a las referencias de la investigación de base, bien por lo que respecta al juicio histórico-político, dentro del contexto historiográfico de los primeros cincuenta.

³⁰⁶ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 212.

³⁰⁷ *Ibidem*, p. x.

De un lado el equilibrio político italiano, después de la Paz de Lodi, se concebía casi como un sistema de precisa relojería y anacrónicamente proyectado sobre la escala de la unidad nacional. Con el final del siglo XV el sueño unitario se había roto. Del otro, una lectura unívoca y parcial de la tradición del pensamiento meridional tendía no sólo –y se trataba de una verdad indiscutible– a subrayar la acentuación de la brecha entre el norte y el sur del país después de la unificación de la península, sino también a concebir una improbable alineación de las economías y de los estándares de vida de la Italia septentrional a los de aquellos países más avanzados de Europa. En realidad, sólo algunos decenios después, nuevas investigaciones y estudios historiográficos inducirían a redimensionar fuertemente la capacidad del anclaje del equilibrio político italiano de la segunda mitad del siglo XV y, sobre todo, a considerarlo más el reflejo de una coyuntura internacional, en la que no habían emergido aún los Estados de media y gran potencia, que un producto autónomo de la capacidad de crear de los potentados italianos una formación política y unitaria durable. En cuanto a los efectos económicos de la unificación política de la península, investigaciones recientes tienden a desplazarlos en dos o tres décadas en el siglo XIX, coincidiendo precisamente con el verdadero despegue industrial italiano, aunque no con el alineamiento de los estándares europeos pero, sí al menos, con la reducción de las diferencias entre los países más avanzados y las áreas más industrializadas del norte de Italia; en resumen, en el momento de la unificación, es todo el país en su conjunto el que se presenta retrasado respecto a la Europa más evolucionada.

La referencia a De Sanctis circula de continuo en toda la obra de Pepe: en particular, a obrar en profundidad en la formulación de todos los juicios del autor, encontramos el nexo entre la decadencia italiana y la ausencia de la reforma religiosa y moral. El tema, por tanto, está lógicamente unido a la comparación más general entre Italia, el *Mezzogiorno* contrarreformista y la civilización protestante europea. Desde esta comparación, el *Mezzogiorno* se priva de la “fibra moral”, síntesis de “irreligiosidad”, “ignorancia” e “impotencia económica”, poblado por una “baja humanidad”, sin alma:

mientras el alma está en los contemporáneos flamencos y en los ingleses que se degüellan por un principio dogmático, por un derecho comercial, pero que sienten anhelo por la libertad y la vida³⁰⁸.

Expresiones en las que circula aún la inspiración permanente del maestro De Sanctis. En este vacío del alma se involucran los estamentos dirigentes y las clases dirigidas, unidas exclusivamente por el pegamento del miedo:

³⁰⁸ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 216.

Toda la sociedad meridional tiene su homogeneidad en el miedo. Miedo y odio: pero, ¿qué queréis construir con una sociedad así? Sacerdotes, juristas, maestros, administradores, jueces, arrendadores, campesinos, artesanos, todos tienen miedo. Todos odian a los españoles y se odian entre ellos. Pero para que el odio sea una fuerza constructiva se necesita una conciencia moral que falta en el *Mezzogiorno* ³⁰⁹.

La positividad del conflicto como motor de la historia puede ser realizada exclusivamente a partir de la conciencia de los valores. Esta debe tener una inspiración casi religiosa que ha sido inexistente entre los intelectuales meridionales. Con su “ignorancia presuntuosa”, con la “traición” de su función, se han revelado como el “más duro obstáculo a la solución de la cuestión meridional” ³¹⁰.

Para Pepe, el *Mezzogiorno* español no se configuró como un Estado, sino como una “colonia” ³¹¹ Justo en las últimas páginas de su obra, introduce un concepto-función, fundamental para entender la concepción más radical del antiespañolismo: el concepto de “provincia-frontera”.

Para España, la razón de la ocupación del *Mezzogiorno* de Italia es la de *llevar adelante, lejos de las propias tierras, la frontera* contra los turcos. El peligro que la conquista de la cuenca oriental del Mediterráneo por parte de los turcos podría traerles, pasando incluso más allá del canal de Sicilia, hacía necesario sustraer a éstos y a los franceses, sus aliados, todo el espacio estratégico que pudiese servir a objetivos defensivos y ofensivos. No hay duda de que los españoles supieron hacer servir de *claves* (como se decía por entonces) del Mediterráneo a la región del Napolitano y a Sicilia: la destrucción de la potencia española no fue obra de los turcos, sino de Inglaterra contra la cual España no tenía ninguna provincia de frontera. Con esta explicación no quiere decirse otra cosa más que España trató al Napolitano como su provincia, como frontera, pero no como Estado: algo parecido a una colonia ³¹².

Pepe discute la atribución de Estado al virreinato hispano-napolitano, porque “el Napolitano no es ni soberano ni autónomo”, y reduce las magistraturas virreinales a puros órganos administrativos privados de sustanciales funciones políticas. El *Mezzogiorno* se convierte así en “provincia de frontera, colonia —esto es— no como objeto de aprovechamiento económico sino de estrategia” ³¹³.

³⁰⁹ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, *op. cit.*, p. 216.

³¹⁰ *Ibidem*, p. 217.

³¹¹ *Ibidem*, p. 218.

³¹² *Ibidem*.

³¹³ *Ibidem*.

Se trata de un pasaje de la máxima importancia en el que se condensa el antiespañolismo no sólo de Pepe, sino de una larga tradición que se remonta a Paolo Mattia Doria y se prolonga, como veremos, hasta tiempos ya no sospechosos o sospechables de prejuicios desfavorables, como los actuales.

En la tesis de Pepe hay un fundamento justo, confirmado también por investigaciones recientes como los estudios de Riley y su “teoría de los bastiones”: los españoles habrían desarrollado una teoría de la defensa imperial, en base a la cual las provincias más externas debían proteger al resto y a España a cambio del apoyo militar y financiero; Sicilia y Nápoles se defendían a sí mismas y a España de los turcos. En una visión “sistemática” y “funcional” del imperio español estos aspectos quedan fijados. Sin embargo, Pepe va más allá: sobre una función estratégico-militar específica desarrollada por el reino de Nápoles en el contexto de los dominios imperiales, construye una interpretación general en la que hace descender de aquella función la absoluta dependencia de la región napolitana de España y, por consiguiente, su degradación a colonia. Proyectando anacrónicamente sobre el Estado del Antiguo Régimen la moderna distinción del Estado de derecho entre política y administración, reduce los órganos burocráticos del reino de Nápoles, magistraturas dotadas de una *jurisdictio* (que son también un poder político concreto), a simples cajas de resonancia ejecutoras de las órdenes impartidas desde el centro imperial.

La historiografía sobre el *Mezzogiorno* español se ha enfocado en las últimas décadas, entre otras cosas, a la investigación de la compleja relación –a nivel económico, social, político-administrativo...– entre los espacios de autonomía, presentes también en una “provincia de frontera” como el reino de Nápoles, y los niveles de dirección central y tendencialmente unitario del sistema imperial español³¹⁴.

Para todo cuanto se ha ido diciendo, resulta explicable que la comparación-choque con la historiografía de Croce ocupe no pocas páginas del libro de Pepe y constituya otro hilo conductor de su lectura. La operación completada por Pepe es la siguiente: donde es posible, forzando sin embargo las interpretaciones, busca reconducir los juicios crocianos dentro de su orientación; donde no es posible, toma distancia con su interlocutor.

El punto de ataque se constituye por la acusación de “justificacionismo” dirigido a Pepe hacia el historicismo de Croce. Escribe sobre la revisión del siglo XVII, completada por Croce, que:

³¹⁴ La bibliografía sobre estos temas es bastante amplia y resulta sobradamente conocida por los estudiosos.

no es una revalorización, sobre el plano político, de la oligarquía española y baronal, pero es tal la explicación historicista, que se podría extraer sin demasiado esfuerzo una justificación de la oligarquía y del desgobierno³¹⁵.

La comparación con la relación entre Croce y España es bastante cerrada y, resultado de una lectura sistemática de las obras más importantes del historiador nacido en los Abruzos, se desenvuelve a lo largo de las dos vías ya indicadas: la asimilación o la toma de distancia. Un ejemplo de asimilación lo constituye la interpretación de las tesis desarrolladas por Croce en *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*:

la savia de la españolización del *Mezzogiorno*: un pueblo ya en crisis de decadencia política y social sufre una grave e irreparable crisis moral. Causas y efectos son palabras abstractas, la realidad es aquel dar y recibir de las dos sociedades, la napolitana y la española, que se intercambian defectos³¹⁶.

Por tanto Croce, leído por Pepe, considera a Italia y a España como dos países en decadencia, y a la dominación española como “mayor bien” o “mayor mal” para el *Mezzogiorno*. El concepto de “decadencia” resulta la piedra angular a la que Pepe une también otros juicios cruzados integrados en su contexto ideológico. Así resulta para las observaciones sobre la vida religiosa y la “materia- lización de la conciencia moral”³¹⁷, planteadas en la *Storia dell'età barocca*, y sobre la figura de Pulchinela que ocupa muchas páginas de los *Saggi sulla letteratura italiana del Seicento*:

El siglo XVII dio los nacimientos a Pulchinela —sostiene Pepe— porque en el Seiscientos el pueblo napolitano *decayó* políticamente, moralmente y socialmente; en cambio, el decaer de la popularidad de Pulchinela es el signo de una más alta y moderna sensibilidad del pueblo³¹⁸.

También en este “lugar” es reconocible un signo del tiempo. La observación sobre la relación inversamente proporcional entre la tasa de popularidad de Pulchinela y la sensibilidad moderna es fácilmente reconducible a un clima intelectual justamente hostil a los estereotipos y a las formas más prohibidas y deterioradas del napolitanismo, casi del caricaturismo; peligrosas representaciones del retraso del *Mezzogiorno* y del bajo perfil de su moralidad.

³¹⁵ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 160.

³¹⁶ *Ibidem*, p. 161.

³¹⁷ *Ibidem*, pp. 162-163.

³¹⁸ *Ibidem*, pp. 163-164.

Más compleja es la lectura que Pepe propone de la *Storia del Regno di Napoli*. Para el historiador de la Apulia:

no existe el reino como unidad político-cultural, existe una Italia meridional, unidad geográfica que sirve al juego de expansión y de defensa de Francia, España, Venecia y Turquía, objeto y no sujeto de historia; el virreinato no tiene una historia propia, es un apéndice de otros Estados, materia de historia hecha por otros ³¹⁹.

Así pues, Pepe valora la polémica de Croce con Cenni, su juicio negativo sobre el baronazgo “ocioso y vicioso”, incapaz de hacerse clase dirigente. Desarrolla una crítica durísima de la tesis sobre la sustancial fidelidad de la aristocracia feudal. Escribe Pepe:

Croce, a la realidad fangosa y sangrienta del baronazgo meridional atribuye un alma: *el sentimiento de la fidelidad*, hediondo residuo de la ética medieval cuya conciencia moderna (relanzándolo junto al autoritario concepto del *servicio*), ha sustituido el concepto de *deber*. La fidelidad de estos barones, que a la mínima imposición de impuestos se enarbolan, que traen el hambre al pueblo con el acaparamiento del grano, que se retan entre ellos o se matan a traición, pero que no van a la guerra, esta fidelidad no alcanzo a ver qué positividad pueda tener ³²⁰.

Por tanto, Pepe niega las “dos funciones históricas” reconocidas por Croce al gobierno español en el *Mezzogiorno*: la sumisión política del baronazgo y la protección del territorio. El primero contrastaría con la realidad de la aristocracia feudal. En cuanto al segundo, “el territorio napolitano no estaba protegido, sino defendido en tanto que barrera de España” ³²¹. Nuevamente es necesario referirse al concepto de “frontera” para comprender mejor este pasaje:

todo el enfoque ideológico-estratégico de la política española era, esencialmente, la guerra contra el islamismo: el *Mezzogiorno* era la frontera adelantada de esta guerra a la cual viene sacrificada su economía. Aparentemente estaba protegido, pero en realidad el *Mezzogiorno* fue sacrificado a la guerra ideológica, bien fuera con la reducción y la desaparición del comercio oriental, bien con las represalias turco berberiscas contra las poblaciones riverieñas meridionales ³²².

Las disensiones con Croce alcanzan también a la interpretación de la revuelta de Masaniello, a la política de los virreyes, a la política eclesiástica y a la función desarrollada por el parlamento napolitano.

³¹⁹ G. PEPE: *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli...*, op. cit., p. 170.

³²⁰ *Ibidem*, p. 163.

³²¹ *Ibidem*, p. 170.

³²² *Ibidem*, pp. 170-177.

2.7. LA REFUNDACIÓN HISTORIOGRÁFICA: DE CROCE A GALASSO

2.7.1. Distribuciones, contextos y núcleos del juicio historiográfico

La expresión *serie de distribuciones* no es sólo una de las más acertadas definiciones que haya dado Croce, sino uno de los resultados más acertados de su método de pensamiento tal cual lo concebía y entendía practicar, no un sistema pues, sino un conjunto de respuestas a las solicitaciones de su tiempo histórico; la filosofía no como contemplación inerte doctrinaria, sino como distribuciones progresivas de constantes nuevos problemas, clausura y reapertura perenne del círculo entre experiencia y pensamiento, una filosofía adherente a la vida más que cualquier otra filosofía especulativa, motivo de su misma popularidad, como bien había visto Gramsci³²³.

Estas palabras de Giuseppe Galasso, extraídas de las primeras líneas de una entrevista concedida a quien escribe el presente estudio, inmediatamente después de la publicación de *Croce e lo spirito del suo tempo*³²⁴, bien pueden introducir un razonamiento sobre la Nápoles española y la historiografía de Croce. Un profundo análisis de su entera obra historiográfica y una comparación interna entre los momentos de esta producción permiten, de hecho, más allá de la vulgata que vería las posiciones crocianas como articulaciones de un sistema definido de una vez por todas y plenamente realizado, confirmar un método de pensamiento que, también en la investigación histórica e historiográfica, procede por distribuciones sucesivas.

Las obras y los escritos a tomar en consideración son, en relación a la luz de lo dicho anteriormente, diversos: *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza* de 1915; *Storie e leggende napoletane* de 1919, afortunado volumen que tuvo otras tres ediciones en vida de Croce, en 1923, 1942 y 1948; la *Storia del Regno di Napoli* de 1925, vuelta a publicar después en 1931 y en 1943; la *Storia dell'età barocca in Italia* de 1925 (segunda edición de 1944); *Vite di avventure, di fede e di passione*, publicado primero en 1935 y después en 1943. En esencia, se trata de obras que se sitúan entre 1915 y 1935. Para aquellas dos décadas podemos retomar la periodización propuesta por Galasso, en la que se caracterizan dos fases: la primera, en el signo del nexo entre historiografía y política hasta la “guerra europea”, de una continuidad de temas pero también del salto de calidad crítica, del

³²³ G. GALASSO: “Croce classico e tragico (entrevista de Aurelio Musi)”, *Nord e Sud* 39 (1992), p. 13.

³²⁴ 1ª edición, Milán 1990; 2ª edición, Roma-Bari 2002.

recorrido que desde los hechos procede hacia las fuerzas; la segunda, aquella del “momento historiográfico”, de las cuatro grandes obras que proceden también de las “revisiones y los ajustes”³²⁵.

Por lo tanto, si en la obra histórica culminante de la fase inicial, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, viene ya delineándose y formándose el primer núcleo del juicio historiográfico sobre la relación entre España e Italia, es en la *Storia del Regno di Napoli* donde aquél núcleo viene precisándose mejor y articulándose a través de una “serie de distribuciones”, pero, sobre todo, viene llamado a constituir parte integrante y, en algunos aspectos, decisiva, de la interpretación global y unitaria del suceso histórico del *Mezzogiorno* de Italia antes de la unificación de la península.

En la obra de 1915, queriendo esquematizar, el juicio historiográfico se desarrolla a través de las siguientes articulaciones:

1) España e Italia como “países en decadencia”

Croce recuerda que fueron causas internacionales las que condujeron a la potencia española a salir de Italia. La decadencia italiana deriva de la falta de formación del Estado, del cambio de la dirección económica y comercial del Mediterráneo hacia el Atlántico y de la ausencia de espíritu ético y religioso. Croce indica también las razones de la decadencia de España: el contraste entre la unidad monárquica, fundada sobre la fuerza militar, y la composición “medieval” y “feudal” de la sociedad; la falta de aptitudes comerciales e industriales, “indispensables en la conservación de la potencia en los tiempos modernos”; la religiosidad supersticiosa...³²⁶. Por lo que respecta a la decadencia italiana los motivos crocianos son, bien vistos, en parte afines, pero en parte distintos y distantes respecto a aquellos enunciados por Francesco De Sanctis. Todo el discurso desanctisiano sobre la Italia de la decadencia está fundado en el fortísimo nexo existente entre los siglos XVI y XVII y en la “pérdida de la libertad” que ha condicionado la evolución histórica italiana durante estas dos centurias³²⁷. Igualmente, la referencia crociana a la ausencia de espíritu ético y religioso remite a De Sanctis. Sin embargo, respecto a él, Croce innova profundamente la perspectiva interpretativa. La fórmula desanctisiana del “mal gobierno papal español” es una hendiadís

³²⁵ G. GALASSO: *Croce e lo spirito del suo tempo*, Roma-Bari 2002, pp. 221 y ss. y 371 y ss.

³²⁶ B. CROCE: *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari 1949 (4ª ed.); G. GALASSO: “Benedetto Croce e la Spagna”, *Rivista Storica Italiana* 2 (2008), pp. 669-670.

³²⁷ Cfr. A. MUSI: “Fonti e forme dell’antispagnolismo nella cultura italiana tra Ottocento e Novecento”, en A. MUSI (ed.): *Alle origini di una nazione...*, op. cit., pp. 18-20.

constitutiva de todo el razonamiento del historiador de la literatura dirigida a construir, sobre tales bases, uno de los mitos negativos de la fundación nacional italiana. El antiespañolismo desanctisiano es, en resumen, la representación de la fusión particular entre España e Italia en los siglos de la “decadencia”. Nada más distante de Croce que, en el primer núcleo de su juicio historiográfico, aún hablando de una “decadencia que se abrazaba a otra”³²⁸, impugna la raíz del prejuicio antiespañol, reconstruye por vías internas a las dos áreas los motivos del repliegue histórico; está lejos de cualquier lógica moralista de responsabilidad y de culpas, de la pareja antinómica españolismo/antiespañolismo.

2) El vínculo con la historiografía internacional

Como ha recordado Galasso:

estos juicios e ideas, nuevas para Croce, no estaban aún todas presentes y previstas en la historiografía italiana y europea sobre el tema, en donde la tradición era aquella de un juicio netamente negativo sobre España³²⁹.

La misma identificación de los motivos de la fragilidad social de España, reasumibles en la fórmula más feudalidad y menos burguesía, habría entrado en el debate historiográfico sólo algunas décadas después de la primera reflexión crociana.

3) España e Italia: una simbiosis

En el volumen sobre España en el renacimiento italiano:

Croce insiste mucho sobre la simbiosis que entonces se realizó entre España e Italia, tanto desde el punto de vista de la vida social como de la vida cultural. La sociedad italo-española que se forma en Nápoles es descrita por él con acentos y particulares que han dejado un sólido punto de referencia para estudios posteriores. Del mismo modo, sobre las relaciones culturales entre las dos penínsulas se extraen datos muy particulares, especialmente de los libros que eran traducidos o que circulaban con asidua frecuencia³³⁰.

En definitiva, cada uno de los dos países dio al otro y recibió de aquél.

4) No sólo historia de las élites

La atención de Croce por las historias paralelas de España e Italia aborda múltiples aspectos, tales como la economía, política, instituciones, relaciones

³²⁸ B. CROCE: *La Spagna nella vita italiana...*, *op. cit.*, pp. 257-270.

³²⁹ G. GALASSO, “Croce classico e trágico...”, *op. cit.*, p. 670.

³³⁰ *Ibidem*, p. 660.

internacionales, sociedad o vida civil y cultural. Una atención a todos los campos en donde, en suma, queda:

el documento de la reflexión histórica de Croce más significativo de la complejidad, multiplicidad, variedad de los elementos de todo orden tenidos presentes por el historiador y de la compatibilidad y sinergia a estos reconocidas ³³¹.

2.7.2. La Historia del reino de Nápoles:

Una obra de refundación historiográfica

Un destino común de decadencia, pero, al mismo tiempo, una relación hecha de finos intercambios y tramas entre España e Italia, que niega la lógica dicotómica españolismo/antiespañolismo, la identificación precoz de temas y problemas que se convertirán sólo algunas décadas después en materia de reflexión del debate historiográfico internacional o la atención a todos los campos de la complejidad histórica. Son estos los elementos originarios y originales de Croce que, ya plenamente desarrollados en los años a caballo de la Primera Guerra Mundial, constituyen el fondo de la obra más madura, *Storia del Regno di Napoli*.

El capítulo intitulado *Il vicerego e la mancanza di vita politica nazionale*, desde el primer párrafo ofrece inmediatamente al lector la percepción de una importante novedad historiográfica:

A la dúplice exigencia de la cual había nacido, la protección del territorio y la sumisión del baronazgo político y semisoberano a la soberanía del Estado, el virreinato no fracasó, es decir, el gobierno español en la Italia meridional; y es esta doble función histórica, como explica su origen, la que da razón de su larga duración ³³².

Se rebate aquí en primer lugar la revisión del juicio histórico sobre la relación entre España y el *Mezzogiorno* de Italia. El bipolarismo españolismo/antiespañolismo está totalmente superado. Según esta tradición bipolar, España se había identificado con el mal gobierno, esto es, con la práctica de la corrupción burocrática, con la negligencia y el desorden administrativo, así como con la fiscalidad y el parasitismo; con una alianza orgánica entre el trono y el altar, convirtiéndose en el brazo armado de la Contrarreforma; con la opresión de todas las libertades y con la apoteosis de la civilización del formalismo y de la exterioridad. El antiespañolismo había sido exactamente especular al españolismo, una

³³¹ G. GALASSO, "Croce classico e trágico...", *op. cit.*, p. 660.

³³² B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, ed. de G. Galasso, Milán 1992, p. 137.

reacción a éste, a un cierto modo de representar e interpretar la relación entre España e Italia durante dos siglos de su historia.

Con Croce la perspectiva cambia. Y cambia exactamente porque, por primera vez, establece los términos históricos del problema, renunciando a discernir culpas y responsabilidades y formulando las respuestas a una pregunta implícita: ¿Cómo explicar el origen y la “dilatada duración” del gobierno español en el *Mezzogiorno*? Las respuestas constituyen la plena historización del problema: en el sentido que, si la génesis del gobierno español en el *Mezzogiorno* es referida a la exigencia de integrar este territorio dentro de un proceso más general de desarrollo y de modernización de Europa, la “dilatada duración” está ligada al éxito de la “doble función histórica” realizada por España en el *Mezzogiorno*: la protección del territorio y la transformación del baronazgo de “potencia” semi-soberana, capaz de discutir y contrarrestar el poder regio, a “poder”, seguramente hegemónico desde el punto de vista económico-social, pero fuertemente redimensionado a nivel político y ya no más sujeto subversivo de la monarquía soberana. Se trata de dos de las funciones más importantes del Estado moderno en formación en la Europa del siglo XVI. Ciertamente que estas fueron realizadas en Nápoles desde el exterior, por así decir: según el módulo de una historia “representada” y no “generada”, esto es, más dependiente del contexto de las relaciones internacionales y de la voluntad de las grandes potencias que de las fuerzas endógenas de las capacidades internas del *Mezzogiorno*; un módulo, este, recurrente en la plurisecular vicisitud meridional. Una debilidad, una fragilidad que el *Mezzogiorno* advertía a finales del siglo XV:

a causa de su vicio constitucional, de su contradicción fundamental, de su baronazgo que no defendía ni al soberano ni al pueblo, y no se elevaba al sentimiento de bien público y a conciencia nacional, el reino de Nápoles no podía resistir al hurto que le viniera de una gran potencia, de uno de los Estados fuertes que por aquél entonces habían llegado a la plenitud de su formación ³³³.

Aquella Italia meridional era “una unidad aparente” en cuyo seno regía la anarquía, “y parecía grande y fuerte, mientras que era pequeña y frágil”. Y, por tanto:

no había otra vía para salir de aquella anarquía y de los peligros de las invasiones, sino la de entrar como parte integrante de un vasto Estado; y así, por lógica necesidad de estas razones, el reino de Nápoles descendió a virreino ³³⁴.

³³³ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 133.

³³⁴ *Ibidem*, p. 136.

Por tanto, un descenso inevitable que, por lo demás, no borraba –y no podía hacerlo– la autonomía de una gloriosa tradición, de una civilización jurídica, la contribución de una formación institucional y civil consolidada en el curso plurisecular, pues aún “reino,” pero, al mismo tiempo, “virreino” porque las principales realizaciones y articulaciones del Estado moderno fueron obra de España.

La bipolaridad “reino/virreino” se había enlazado lógicamente, para Croce, a otra de sus profundas intuiciones: las formas y los instrumentos a través de los cuales España realizó en el reino de Nápoles un “equilibrio relativo entre el dominio y el consenso”. El final del “osado Medioevo”³³⁵, esto es, del tiempo de la amenazadora potencia semisoberana de los barones, fue realizado a través de la construcción del sentimiento de fidelidad al soberano. Escribe Croce:

Haciendo pues de la necesidad virtud, o produciendo la necesidad, como ocurre a veces, la relativa virtud, se vino formando un sentimiento nuevo en los barones y, sobre su ejemplo y autoridad, extendiéndose a todas las clases, en vez del individualismo que había dominado en el pasado: el sentimiento de la fidelidad³³⁶.

Eso permitió a la Monarquía española superar las crisis más agudas: la reuelta contra la introducción de la Inquisición en 1547 y los motines del siglo posterior. Aquel sentimiento contribuyó tanto a motivar a la nobleza en la obra de la defensa militar del reino de los enemigos externos, como a empujarla a participar en la defensa de la monarquía en las campañas militares europeas, y a favorecer la integración dinástica de la aristocracia dentro del sistema imperial español.

El capítulo que estamos examinando muestra una estructura lógica cerrada. Desde el punto de vista de la extensión, ocupa prácticamente un cuarto del total del volumen: ello testimonia ulteriormente la importancia que el autor atribuía a su obra de refundación histórica e historiográfica y, de hecho, podemos decir aún más, sobre el terreno de las relaciones entre España y el *Mezzogiorno* de Italia. En realidad este capítulo constituye también el centro neurálgico, la verificación maestra de una tesis fundamental sostenida por Croce en la *Storia del Regno di Napoli*: el desequilibrio permanente, esto es, entre la evolución de una “construcción política” relativamente realizada y la falta, o por lo menos, la insuficiencia de “nación, patria”. Así, en la época del virreinato, los monarcas de España dieron a los napolitanos:

³³⁵ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 140.

³³⁶ *Ibidem*, p. 144.

la disciplina que viene de la firme dirección política [...]. Se la dieron monarcas extranjeros que dominaban un vasto imperio; y por eso, si el baronazgo napolitano durante siglos no había defendido la patria, pero sí a sí mismos y al interés particular de sus propios linajes feudales, ni siquiera entonces defendió propiamente a la patria, porque una patria, un Estado autónomo, no existía ya; existía, en cambio, la monarquía de España, de la cual el reino era una provincia³³⁷.

Testimonio de la lógica estructura cerrada, de la cual se hablaba, es también el pasaje ulterior. El ritmo distinto del desarrollo de la construcción política y de la construcción “nacional” lo encuentra también Croce en el análisis de las fuerzas sociales. La atención a la articulación socio-política del territorio induce al historiador nacido en los Abruzzos a hacer notar el desequilibrio de las fuerzas en este campo: el baronazgo; el estamento civil que tiende a convertirse en nobleza y no se hace “partido político”; las universidades y las ciudades, aisladas en su batalla estatal y privadas de un instrumento y de momentos de coordinación; el pueblo y la plebe. En resumen, Croce subraya la “renuencia o inmadurez de las distintas clases sociales para dirigir los destinos del país”³³⁸. También los organismos y las funciones de representación eran, predominantemente, caja de resonancia de los intereses individuales o de grupo: así pues, o lugares de exaltación de la lógica corporativa o instrumentos al servicio de la política virreinal. De hecho,

los Parlamentos no tuvieron ya otra tarea que la de votar los *donativos*, solicitados por el virrey para las necesidades de la corona, y el modo de cobrarlos y repartir el peso; y, si bien pidieron en cambio gracias y privilegios, propusieron leyes y reformas, no se vio efecto sensible de estas peticiones; y aunque alguna vez se alzara una voz libre en aquellas asambleas y hablase de abusos, de opresión de los pueblos, de la necesidad de aliviarlos, la gran mayoría se mostró siempre servil y aquiescente a las órdenes del virrey, con el cual los particulares o cabecillas traficaban para obtener ventajas y favores³³⁹.

Por lo demás, aquello que limitaba fuertemente el peso y la función de los Parlamentos napolitanos era el bajo porcentaje de representación de las ciudades del reino y la progresiva hegemonía de las clases feudales, así:

aquellos Parlamentos del reino no tienen comparación, no ya con los ingleses, ni siquiera con los Estados Generales de Francia, en los cuales tuvieron no poca

³³⁷ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 158.

³³⁸ *Ibidem*, p. 186.

³³⁹ *Ibidem*, p. 164.

importancia los representantes de las ciudades, equipados de los *cahiers* que recogían la voz y los votos del pueblo.

También en la otra estructura político-representativa, es decir la de los diputados que entraban directamente en el gobierno y en la administración de la capital, estaban en cierto modo anulados por los virreyes que eran “fuerza dirigente y determinante”³⁴⁰.

La obra del poder español en Nápoles fue, para Croce, un entramado de positividad y negatividad. Por lo tanto, partiendo de la premisa de que “España gobernaba el reino de Nápoles como se gobernaba a sí misma”³⁴¹, Croce criticaba, como se ha ya reiterado, el prejuicio antiespañol, pero, al mismo tiempo,

la mala política financiera y económica, con ordenamientos, disposiciones y expedientes que eran justo aquellos que el nacimiento de la ciencia de la economía europea se disponía a condenar, e incluso a eliminar con ejemplos particularmente instructivos de aquello que no se debía hacer: expulsión de los judíos, privaciones, prohibiciones de exportación, fuertes aranceles y aduanas internas además de derechos de paso por doquier, control de precios, alteraciones de la moneda y regulación arbitraria de los cambios, venta de tributos o arriendos, repartición de los impuestos al revés de la capacidad contributiva y del aliento de las fuerzas de los productores; y toda suerte similar a la buena de Dios³⁴².

La Monarquía española desarrolló una “obra mediadora de paz social”³⁴³, protegió el territorio meridional y logró vaciar al baronazgo de sus potencialidades subversivas. Pero si se buscan “los orígenes de la tradición política en la Italia del *Mezzogiorno*”, éstos no se encuentran:

[ni] en la nobleza feudal, que durante siglos dominó y no gobernó nuestra historia, ni en la monarquía que no pudo nunca convertirse verdaderamente en órgano de la conciencia nacional³⁴⁴.

También a nivel del gobierno del territorio, Croce señalaba el desequilibrio en la política española dirigida más a la capital, a su expansión edilicia privada y pública y a las infraestructuras, que a las provincias, donde los virreyes no lograron erradicar la delincuencia “y sobre todo el bandidaje y el bandolerismo”:

³⁴⁰ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, *op. cit.*, p. 164.

³⁴¹ *Ibidem*, p. 190.

³⁴² *Ibidem*.

³⁴³ *Ibidem*, p. 198.

³⁴⁴ *Ibidem*, p. 211.

casi una institución a la que el mismo gobierno recurría, como en tiempos de la guerra de Lautrec, o en muchas otras ocasiones, y sobre la cual contaba el duque de Guisa para extender su poder en las provincias; y a la que de continuo recurrían los barones que eran los instigadores.

Sin embargo, el filósofo de los Abruzzos, una vez más, no inscribía el relieve crítico en la lógica del antiespañolismo, ni atribuía a una presunta anomalía del *Mezzogiorno* de Italia el bandidaje que, es más, “pertenecía a toda Europa en aquellos siglos”³⁴⁵.

Al tema de los conflictos durante la época española, Croce dedicaba todavía páginas de un interés extraordinario. A ellas no se les ha prestado la atención que merecen; en cambio, aquellas páginas han sufrido el destino de terminar en un esquema interpretativo rígido, tendente a unificar en un severo y despiadado juicio negativo todos los intentos de resistencia, de conflicto y de revuelta expresados por la sociedad meridional en los dos siglos de gobierno español. La línea roja que aúna aquel juicio no es tanto, a mi parecer, la negatividad, sino la observación de la distancia, del desequilibrio entre los empujes originarios de los conflictos y motines que, una vez más, vuelven a enlazar Nápoles y el *Mezzogiorno* español con Europa, y la dinámica, sobre todo los resultados de aquellos eventos. Y, conectada a esta observación, hay otra: la desproporción entre los recursos y energías empleadas en la resistencia y los concretos resultados obtenidos.

Así fue para el fenómeno religioso unido a Valdés, a la predicación de Bernardino Ochino y a su difusión también en los ambientes populares napolitanos: “fermento religioso –escribe Croce– que también parecía anticiparse al movimiento nacional-religioso de Flandes”, pero que no podía durar “porque era contrario a las razones de la monarquía extranjera y, más en particular, a la dirección de la nueva política de España”³⁴⁶. Y, en relación a los motines napolitanos de 1547 contra la introducción de la Inquisición según los usos de España, Croce atribuía la cualidad de haber sido “la última manifestación de la vitalidad política y de la independencia napolitana”; pero aquellos motines:

aún entre las muchas pruebas que se dieron de entusiasmo y de valor, en el modo en el que se desarrollaron y en el final que tuvieron, mostraron abierta la decadencia³⁴⁷.

³⁴⁵ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., pp. 195-196.

³⁴⁶ *Ibidem*, p. 162.

³⁴⁷ *Ibidem*, p. 163.

Igualmente, el juicio sobre Masaniello y la revolución que lleva su nombre, fue para Croce no menos problemático: y, en cualquier caso, sería necesario comparar en todos los terrenos con las observaciones contenidas en otras obras. Que-dándonos en la *Storia del Regno di Napoli* es necesario, en primer lugar, subrayar la atención de Croce no sólo en el hecho histórico, sino también en su dimensión mítica. Sobre la primera vertiente, desde la introducción aparecía la conocida tesis sobre la cual había sido construido el entero paradigma del juicio crociano:

Y aquella rebelión y la consiguiente guerra civil, turbia en el origen y caótica en su curso, terminó como terminan los tumultos de la plebe, sin cabeza ni cola, con el abrazo general, por el efecto de la agitación vacía y del cansancio, dejando sólo en los gobiernos un gran miedo hacia la plebe napolitana y un no menor cuidado en mantenerla contenta: desde la idea originaria, germinada y cultivada en la mente de Genoio, ninguno volvió a acordarse y nunca más fue vuelta a presentar o a proponer³⁴⁸.

Pocas líneas después, no obstante, Croce se preguntaba sobre el mito y la fortuna de Masaniello, recordando las medallas acuñadas en Europa con su efigie y la fascinación ejercida por el pescadero sobre Spinoza o el drama musical de Auber.

Después de la neta posición devaluada enunciada en la introducción, Croce, en otras partes de la *Storia del Regno di Napoli*, regresaba sobre la revuelta de 1647-1648, retomando, en esencia, lo escrito por Michelangelo Schipa, pero articulando en un conjunto de variables su propio juicio. En el capítulo dedicado al virreinato, Croce problematizaba el juicio precedente, poniendo especialmente en evidencia que las cosas, después de la represión del tumulto, no fueron ya como antes en el reino de Nápoles: el “colapso del baronazgo napolitano”, la consideración de la “fuerza de la plebe y de los ayuntamientos”, la revisión de la política financiera y la restauración y la nueva política del virrey Oñate, habrían sido impensables sin los motines de 1647-1648³⁴⁹. En la *Storia dell'età barocca in Italia*, analizando la obra de Maiolino Bisaccioni, *Historia delle guerre civili*, Croce subrayaba la capacidad de identificar por primera vez la exacta génesis de la revuelta napolitana. Bisaccioni no se daba por satisfecho con las “narraciones que la presentaban como una secuela de accidentes”, sino que comprendía que:

detrás de la plebe tumultuosa y excitada a tumultuar, había una mente directriz, la de un jurista y defensor de los viejos privilegios e ideador de una reforma

³⁴⁸ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 60.

³⁴⁹ *Ibidem*, p. 181.

constitucional (el cual, de hecho, fue Giulio Genoino), y que los artificiosos capítulos, acordados entre el pueblo napolitano y el virrey, no eran producto de la vil plebe, sino de *muchos y muy sabios ingenios*³⁵⁰.

Me he detenido solo en algunos puntos crocianos, otros podrían añadirse para confirmar la no linealidad de la problemática de la posición del historiador sobre el evento central del siglo XVII napolitano.

Para Croce, en cualquier caso, no existían dudas de que el despertar político y civil del reino de Nápoles no era obra de los motines de 1647-1648, sino de los fermentos culturales de las últimas décadas del Quinientos. Quedaba, sin embargo, para el filósofo el siglo de los juicios preformados, el siglo de una literatura que no procuraba nunca “poner en armonía las premisas con las conclusiones o las conclusiones con las premisas”³⁵¹, que no profundizaba en los hechos observados. Nápoles había producido más filósofos y menos pensadores políticos: y, para colmo, Bruno, Telesio y Campanella habían tenido seguidores y sucesores no en el reino, sino fuera de Italia. La excepción viene representada por el economista Antonio Serra, que contribuía sólo a confirmar la regla. Además, incluso la “nueva cultura” no se había configurado como una “nueva religión civil”, capaz de crear una nación. Una vez más, el reclamo a De Sanctis era demasiado evidente. Y, como conclusión de la lectura del capítulo, se comprendía aún mejor y en mayor profundidad el sentido del título. *Il vicereigno e la mancanza di vita politica nazionale* podía aparecer de este modo una verdadera y propia hendiadis, la cual era inevitable y ciertamente necesaria, tal y como dejaba escrito Croce en el capítulo conclusivo sobre *La fine del Regno di Napoli*:

La unión con España a finales del siglo XV, fue realmente necesaria para que cesara en la Italia meridional la anarquía de los barones, las perpetuas guerras de pretendientes y el inminente peligro de caer en presa de los bárbaros, es decir, de los turcos, y produjo su bien; análogamente fue necesaria, en 1860, la disolución del reino de Nápoles, único medio para conseguir una más amplia y enérgica vida nacional y para dar un mejor encauzamiento a los mismos problemas que atormentaban a la Italia meridional³⁵².

La unificación de nuestra península fue una elección inevitable y positiva para el *Mezzogiorno* de Italia: inevitable porque representó la realización de un objetivo perseguido con determinación y pasión por las élites más avanzadas e

³⁵⁰ B. CROCE: *Storia dell'età barocca...*, op. cit., pp. 169-170.

³⁵¹ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 204.

³⁵² *Ibidem*, pp. 332-333.

intelectuales que veían, ya desde la primera mitad del XIX, en la unificación del país la única vía para construir la patria sobre la base de la libertad; positiva porque a través de la integración nacional, el *Mezzogiorno* participó a título pleno en el largo y complejo proceso de desarrollo de Europa. Más integración nacional venía a significar para Italia, después de 1860, más integración europea, y éste es un nexo al cual no se presta hoy la debida atención.

Bien presente a Croce, más allá de la analogía, era la diferencia sustancial entre la unión con España y la disolución del reino de Nápoles en 1860. A la primera le siguió la pérdida de la independencia, a finales del siglo XV, del reino napolitano, que fue favorito en las bases y en el desarrollo estatal, protegido militarmente contra la amenaza turca en el Mediterráneo en tanto que era parte de la formación política más potente del mundo, el Imperio español. La disolución del reino en 1860, fue otra coyuntura necesaria. También en este caso, en la visión de Croce, se trató de una dialéctica entre pérdida e integración. Pero el saldo entre los costes y los beneficios fue decididamente a parar a favor de los segundos. Gracias a la unificación, el *Mezzogiorno* conquistó no sólo la posibilidad de participar en una “más amplia y enérgica vida nacional”, sino que embocó la vía maestra para comenzar a superar sus problemas históricos.

2.7.3. *¿Olvidar a Croce?*

Las principales revisiones de la reconstrucción y de la interpretación crociana de la historia de la Nápoles española han, en síntesis, hecho referencia a cuatro cuestiones: 1) Los tiempos y las modalidades de la construcción de la hegemonía española; 2) El papel y la evolución del feudalismo; 3) La revuelta de Masaniello y 4) La “clase intelectual”.

1) Los tiempos y las modalidades de la construcción de la hegemonía española

Entre la toma de posesión del territorio meridional por parte de la Monarquía española y su efectiva integración en el esquema global del gobierno imperial hubo una desviación temporal de algunas décadas. Y en este tiempo histórico llegó a su cumplimiento la disolución de aquello que, con una fórmula muy eficaz, Croce llamó el “osado Medievo”, es decir, el periodo en el cual los barones habían podido constituir en el reino potentados políticos semisoberanos con capacidad de poner continuamente en entredicho la fuerza del monarca. Los reyes de España redujeron a estos barones a la condición de súbditos, esto es, los adecuaron a las otras clases sociales.

A pesar de no desconocer este punto dentro de la interpretación crociana de la época del virreinato, radicalmente innovador respecto a la concepción prevalente en los años en los que fue escrita la *Storia del Regno di Napoli*, una concepción, como se ha visto, fuertemente condicionada por el prejuicio antiespañol, hoy estamos más inclinados a vislumbrar en la construcción de la “vía napolitana al Estado moderno”, un proceso más arduo y atormentado. En su dinámica es visible, quizá más que en cualquier otro lugar de la Europa del momento, un desarrollo del absolutismo, la forma más moderna de organización política y de relaciones entre Estado y sociedad, no como “régimen”, sistema realizado de una vez por todas, sino como una “tendencia” a integrar en el Estado soberano esferas cada vez más amplias de poder político y sujetas a él, potencialmente antagonistas. Tal tendencia fue perseguida por la Monarquía española en el *Mezzogiorno* continental de Italia a través de la activación de un sistema de compromisos fundado sobre el respeto por parte de los contratistas de obligaciones, de límites y de intereses recíprocos. En la base del sistema estuvo el compromiso entre la monarquía y el baronazgo: la primera concedió al segundo una ampliación de su jurisdicción feudal y un poder más fuerte de presión sobre la periferia y los campos del reino; el segundo debió despojarse de sus prerrogativas políticas, aceptó su transformación progresiva de potencia a poder, se mantuvo, globalmente, fiel a la corona española permitiéndole superar también algunas gravísimas crisis políticas.

Se trató, en esencia, de construir una hegemonía y de hacer aceptar los estatutos regnícolas a una dinastía que, aún reclamando títulos de legitimidad sobre Nápoles, había venido a poseerla, con la partición franco-ibérica ratificada en el tratado de Granada de noviembre de 1500; por tanto, con la conquista y fuerza de las armas superior a la de los franceses, demostrada en el campo de los famosos tercios durante las batallas de Cerignola y de Garigliano (1503). Sin embargo, la construcción de la hegemonía fue discutida: en algunos casos hubo necesidad de una suerte de reconocimiento tácito, por parte de la potencia monárquica, de la persistencia en la continuidad feudal; fue necesario mantener aún en su potencia semisoberana, por lo menos hasta el virreinato de Toledo, a los príncipes de los “estados” feudales de la prestigiosa y consolidada tradición histórica, para no romper improvisadamente, de hecho, una importante red de coordinación territorial en ausencia de instrumentos alternativos de gobierno y de control³⁵³.

³⁵³ Para una mayor profundización en los temas arriba expuestos, además de las numerosas obras de Giuseppe GALASSO, véanse mis siguientes escritos: *Mezzogiorno spagnola...*, *op. cit.*, y *Napoli, una Capitale e il suo Regno*, Milán 2004.

2) El papel y la evolución del feudalismo

La imagen que Croce ofreció del baronazgo feudal de los siglos XVI al XVII, de su peso económico y social, de sus comportamientos y estilos de vida, tomaba oportunamente, cuando no señalaba el fenómeno de la inflación de los títulos en el curso del Seiscientos, la “napolización” de la aristocracia, la atracción de la capital. Con una menor respuesta a la realidad histórica está, en cambio, la idea de la representación de los nobles empobrecidos y decaídos como causa de la crisis financiera, incluso reducidos en masa “a la ruina y a la pobreza”, por la carrera:

[del] ocio, del lujo, del fasto, por las competiciones de alardear, igualarse y superarse los unos con los otros, los grandiosos palacios que hacían edificar, la numerosa servidumbre de la cual se rodeaban, el abandono de la vida familiar y las prácticas, que les parecieron nuevas y se atribuían al ejemplo español, de las cortesanas³⁵⁴.

Las investigaciones posteriores han corroborado bien la capacidad, demostrada por muchas familias nobles, de recuperarse de la crisis financiera, bien el significado complejo del endeudamiento o bien la tenencia patrimonial durante un largo periodo³⁵⁵.

Croce tenía también razón a la hora de referir la nueva dinámica feudal establecida entre los siglos XVI y XVII, desde el hecho que “genoveses, especuladores e intrigantes” habían comprado tierras en el reino, lucrándose también de la crisis financiera de alguna familia regnícola, de la comercialización y del fraccionamiento de los feudos. No tenía razón, en cambio, cuando escribía que aquél fenómeno:

en vez de conferir una mayor potencia del feudalismo, marcaba sin embargo, la creciente disolución o la conversión en simple clase de propietarios terreros, decorados de pomposos y vanos títulos³⁵⁶.

El aburguesamiento del baronazgo se debía incluso al efecto del crecimiento del estamento civil en las provincias, “al crecimiento de la propiedad libre y a la más viva conciencia de los derechos de los ciudadanos en los municipios”³⁵⁷. Este fuerce de Croce, viene determinado especialmente por la constante puesta

³⁵⁴ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 166.

³⁵⁵ Cfr. para ulteriores profundizaciones bibliográficas, A. MUSI: *Il feudalesimo nell'Europa moderna*, Bolonia 2007.

³⁵⁶ B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 170.

³⁵⁷ *Ibidem*, p. 199.

en evidencia de la importantísima función histórica desarrollada por la monarquía española en el *Mezzogiorno*: la reducción de los barones a súbditos. Aquello que faltaba, en el planteamiento de Croce, era la atención al entramado entre la tierra y las funciones, tierra y poderes públicos delegados que permaneció, durante todo el antiguo régimen, como la característica más propia de la posición feudal.

3) La revuelta de Masaniello

Revisiones, integraciones y enriquecimientos cognitivos relativos a la revuelta de 1647-1648, han tocado varios aspectos³⁵⁸. En primer lugar, ha sido revalorizada la misma función de Masaniello: encajado siempre dentro del prototipo del plebeyo, del “lázar” o del “loco desatinado” (la expresión proviene de una consulta del Consejo de Italia), pero capaz de desarrollar, en algunos momentos durante sus diez jornadas, la función de bisagra y mediador entre la plebe y el pueblo. El motín ha sido reconstruido en toda su duración y en las diversas fases que lo caracterizaron: la propiamente masanielliana, aún sustancialmente lealista; la de la revuelta en las provincias del reino, que asumió características de lucha contra los abusos feudales; y la de la “Real República Napolitana”. El bienio 1647-1648 fue encuadrado en el contexto económico, social y político del reino y en el sistema de las relaciones internacionales durante la última fase de la Guerra de los Treinta Años.

Después, el motín apareció mucho menos tosco, en sus componentes intelectuales e ideológicos, respecto a cuanto había sostenido Croce. Han emergido con más nitidez las referencias político-culturales de las diversas orientaciones que expresaron en la revolución; la influencia de mitos y modelos políticos europeos; el uso y la reinención de lo antiguo y de lo clásico en los instrumentos de la propaganda, en opúsculos, en narraciones, en los discursos tanto de la parte realista como en la de la plebe y las “correspondencias ideales y políticas” (la expresión proviene de Rosario Villari) entre las “seis revoluciones contemporáneas”.

Sin embargo, del juicio crociano han sido confirmados tanto la contrariedad de las posiciones internas al movimiento de los manifestantes, como las causas de la derrota de la revuelta, además del carácter de vertiente que el episodio revisió para la futura historia del reino de Nápoles.

³⁵⁸ Para cuanto sigue, los textos más actualizados son A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...*, *op. cit.*; G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. III, pp. 247 y ss.; S. D’ALESSIO: *Masaniello*, Roma 2007.

4) La “clase intelectual”

Escribió Galasso:

Es considerable que la historia de la nación napolitana, tal y como resulta trazada por Croce, aparezca primero como un larguísimo proceso de formación (desde el siglo XIV al XVIII) y, cuando después parece haber sentado la cabeza sobre la realidad concreta de la clase intelectual y echado raíces en el país, se disuelve de inmediato, se transforma en la prehistoria de la nación italiana y termina así su carácter propiamente napolitano, no viéndose ni siquiera, por lo tanto, cuándo se había desarrollado y desplegado plenamente. La misma clase intelectual, drásticamente contrapuesta en sus acontecimientos a la restante historia social del país, aparece como un elemento demasiado parcial, privado de efectiva capacidad de mediación de las necesidades y debilidades de las otras clases y estamentos del reino, obligada en último término a superar su propia individualidad nacional para imponer sus ideas al país y a sí misma ³⁵⁹.

Revisiones, relieves críticos e integraciones que, en cualquier caso, no han puesto en discusión el valor de la *Storia* como “moderna y vigorosa visión de conjunto de la historia napolitana” ³⁶⁰. A la pregunta ¿es necesario olvidar a Croce?, la historiografía del *Mezzogiorno* español no puede sino responder negativamente ³⁶¹.

Cuando Croce escribió la *Storia*, los estudios españoles de la historia napolitana de los siglos XVI y XVII eran prácticamente inexistentes. Lo prueba el hecho de que sólo pudo utilizar alguna colección de fuentes y documentos como el *CODOIN*, especialmente para documentar la preparación militar de la nobleza napolitana ³⁶².

Sólo desde hace algunas décadas la historiografía española sobre el *Mezzogiorno* de Italia entre los siglos XVI y XVII, ha dado sensibles pasos hacia adelante y ha debido, naturalmente, enfrentarse con Croce y su *Storia del Regno di Napoli*. Sin su obra no habría sido posible repensar las relaciones entre Nápoles y España dentro de aquella categoría del *sistema imperial*, que está revelándose muy eficaz tanto en los estudios españoles como en los italianos.

³⁵⁹ G. GALASSO: *Croce e lo spirito del suo tempo*, op. cit., pp. 372-373.

³⁶⁰ *Ibidem*, p. 373.

³⁶¹ Cfr. A. MUSI (ed.): *Dimenticare Croce?...*, op. cit., pp. 5-11.

³⁶² B. CROCE: *Storia del Regno di Napoli*, op. cit., p. 157.

2.7.4. Nápoles española en la interpretación de Giuseppe Galasso

Los dos tomos dedicados por Giuseppe Galasso al *Mezzogiorno* español y austriaco, parte de una orgánica *Storia del Regno di Napoli* que concluye con la *Storia d'Italia* de la UTET³⁶³, dirigida también por él mismo, constituyen, en primer lugar, un dialogo continuo, explícito o implícito, con la gran y más importante tradición historiográfica italiana; en particular, con Francesco De Sanctis y Benedetto Croce, los dos clásicos más queridos por el autor y a los cuales se siente más ligado bien por afinidad electiva, por así decir, —la capacidad, absorbida por aquella tradición, de afrontar los complejos cuadros de conjunto y los nudos históricos más problemáticos— bien por las consonancias interpretativas. Naturalmente, aquel dialogo se desarrolla no sólo a través de las afinidades y las consonancias, sino también muy a menudo a través de las revisiones críticas y la construcción de nuevas líneas interpretativas de dos y más siglos de historia del *Mezzogiorno*, que se separan sensiblemente de aquellas propuestas de De Sanctis y Croce.

No son pocos los ejemplos de este dialéctico cruce con los clásicos llevado a cabo por Galasso. Sobre el enfoque de De Sanctis se encuentra el estrechísimo nexo entre el doble “hundimiento napolitano” en 1495 y en 1501, la pérdida de la autonomía dinástica y el “hundimiento italiano”: es más, el primero para Galasso constituyó “el compendio anticipado” del segundo:

en los mismos años y en las dos o tres décadas sucesivas [...]. La autonomía dinástica que Nápoles no logró mantener, correspondió con la autonomía que entonces, al menos un par de siglos después, se perdió por el espacio político italiano en su complejo.

Pero el autor subraya inmediatamente después que, más allá de la novedad y de los imprevistos de una nueva fase histórica, los límites del desarrollo del reino de Nápoles eran precedentes a la misma coyuntura de la caída de Carlos VIII y de la guerra franco-española; límites que llamamos, por esta razón:

la anatomía de un cuerpo político-social, la estructura íntima de un sujeto histórico y de su fisionomía moral y civil en un momento crucial de su acontecer global³⁶⁴.

La imprevisibilidad, la incredibilidad, la rapidez y el alcance del derrumbe del reino de Nápoles demuestran que “más allá de la fachada, el camino que hay

³⁶³ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli: Il Mezzogiorno spagnolo (1494-1622)*, Turín 2005, vol. XV, t. II, y G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. III.

³⁶⁴ *Ibidem*, vol. XV, t. II, p. 176.

que hacer hacia la formación de aquella que puede ser indicada como *nación napolitana*, era efectivamente bastante largo”³⁶⁵. Se trata, como es bien evidente, de una perspectiva interpretativa que, aún no usando nunca el lema desanctiniano de la “decadencia”, atribuye todo el peso debido al valor de la época, para Nápoles y para Italia, de 1495 y de 1501. Al mismo tiempo, encuadra aquella coyuntura no sólo en la historia del “espacio político italiano” y en la precariedad del equilibrio posterior a la Paz de Lodi, sino, sobre todo, en el tormentoso, largo y complejo acontecer de la nación “napolitana”: dos categorías que regresarán a menudo en las páginas de Galasso.

Por lo tanto con De Sanctis y posterior a de De Sanctis, pero también con Croce y más allá de Croce. En consonancia con Croce, Galasso ve la esencia de la relación entre España y Nápoles. Extraordinario mérito de la Monarquía hispánica fue la afirmación del poder regio y del Estado moderno en el *Mezzogiorno*, obtenidos, obviamente, con el desclasamiento de reino a virreino y con todos los demás costes pagados como el de “provincia de una monarquía lejana”. Más allá de Croce es, en cambio, la valoración de los primeros sesenta años del gobierno español en el *Mezzogiorno* como un periodo de:

extraordinaria importancia [por su historia. Y, la importancia reside en el hecho de que] el reino atravesó aquellos sesenta años también como una personalidad moral, como *nación napolitana* [...]. Por una de aquellas paradojas que son tales sólo en apariencia, pero que equivalen, en realidad, al íntimo significado de la lógica profunda, si bien —en este caso— estrictamente dialéctica, propia del curso histórico, fue justamente durante el periodo de la conquista extranjera y del sometimiento del reino en el complejo de una monarquía imperial de amplios horizontes, donde la personalidad moral del país y el sentido de la *nación napolitana* comenzó a perfilarse en formas más definidas y duraderas³⁶⁶.

Me parece que en este aspecto Galasso dé cuerpo y esencia, demostrando una coherencia extraordinaria entre la profesión del historiador y la actividad de historia y crítica de la historiografía, a un relieve de profundo movimiento en la perspectiva crociana de la *Storia del Regno di Napoli*. Según el mismo autor:

Es considerable que la historia de la nación napolitana, tal y como resulta trazada por Croce, aparezca primero como un larguísimo proceso de formación (desde el siglo XIV al XVIII) y, cuando después parece haber sentado la cabeza sobre la realidad concreta de la clase intelectual y echado raíces en el país, se disuelve de inmediato, se transforma en la prehistoria de la nación italiana y

³⁶⁵ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 177.

³⁶⁶ *Ibidem*, p. 544.

termina así su carácter propiamente napolitano, no viéndose ni siquiera, por lo tanto, cuándo se había desarrollado y desplegado plenamente. La misma clase intelectual, drásticamente contrapuesta en sus acontecimientos a la restante historia social del país, aparece como un elemento demasiado parcial, privado de efectiva capacidad de mediación de las necesidades y debilidades de las otras clases y estamentos del reino, obligada en último término a superar su propia individualidad nacional para imponer sus ideas al país y a sí misma ³⁶⁷.

Galasso, con Croce y más allá de Croce, nos hace entender las agotadoras etapas de la construcción nacional napolitana y su perfil más definido y duradero durante la época española.

Los tomos segundo y tercero del *Regno di Napoli* son igualmente una reconstrucción puntual y una lectura aguda, por primera vez orgánica, sea de algunas fuentes como las diplomáticas, no siempre utilizadas por los expertos dentro de sus ricas potencialidades, sea de la historiografía de los siglos XVI al XVIII: las unas y la otra son contextualizadas por Galasso, sabiamente confrontadas y puestas en relación entre ellas, tanto que no sólo constituyen un corpus documental de absoluta importancia para la reconstrucción de la historia española y austríaca del reino, sino también un aspecto y un problema no secundario de aquella misma historia y de las diversas formas de su representación.

Esto no significa que la historia del reino de Nápoles, propuesta por Galasso, sea sólo una historia de la política y de las relaciones internacionales, en tanto que la perspectiva político-institucional, dentro de la cual se mueve el autor, aparece bastante más rica y ampliada respecto a la tradición historiográfica que ha oscilado entre el descriptivismo formal de las instituciones, la atención privilegiada a su nomenclatura, a sus funciones, la pura crónica de los acontecimientos o la reconstrucción de los tratados y de sus cláusulas. La perspectiva política de Galasso, como ha demostrado en tantas de sus obras, es en realidad una historia del poder considerada en todas sus articulaciones más complejas, en sus niveles formales e informales de expresión, en su dialéctica interna e internacional, en los subterráneos hilos de unión, en las lógicas de agregación y disgregación de los grupos, del personal y de las clases dirigentes. Resultados de este tipo se obtienen sólo si se hace recurso, no ya de todos los instrumentos interpretativos de un fin histórico, sino también de las categorías del análisis sociológico, politológico y jurídico. La atención a la política y al cuadro de las relaciones internacionales no sacrifica nunca la sensibilidad por los problemas de la economía, de la sociedad y de la cultura y vida civil.

³⁶⁷ G. GALASSO: *Croce e lo spirito del suo tempo*, op. cit., pp. 372-373.

Se muestra también original la periodización, propuesta por Galasso, de los más de dos siglos de historia del reino. Me parece que esta se articula en cinco fases sobre las que me detendré más difusamente en las páginas que siguen: una primera que podría definirse, sería aquella de la larga duración de la “línea aragonesa” hasta su “subversión” definitiva en 1540; una segunda, comprendería la edad madura de Carlos V, proyecto y realidad del absolutismo; una tercera, iría desde los reinados de Felipe II a Felipe IV, el periodo en el que resulta más evidente la relación entre las ventajas, los límites y los costes de la modernización del reino de Nápoles en la gran política de Madrid; una cuarta, iría de los Habsburgo de España a los de Austria, que culmina con la última fase, antes de la llegada de los Borbones, caracterizada por la agotadora construcción de un “nuevo reino” bajo el gobierno “alemán” de los Habsburgo.

Desde las primeras páginas del segundo tomo del *Regno di Napoli*, se puede tomar una cifra que caracteriza unitariamente los cinco tomos de la obra, y que alcanzan hasta 1860. En el signo de la continuidad, con algunas interpretaciones clásicas, está generalmente el marco dentro del cual Galasso inscribe sus reconstrucciones; sin embargo, los aportes originales y el enriquecimiento ofrecido por el autor son tales y de tanto relieve que inducen a revisar sensiblemente las mismas interpretaciones clásicas. La caída de Carlos VIII y las guerras de Italia se inscriben dentro del sistema moderno de los Estados europeos y constituyen, de algún modo, su mismo origen. Pero, de hecho, el uso atento y sistemático de las fuentes diplomáticas y de la historiografía del Quinientos introduce, en el enfoque expresado por Galasso, dos elementos específicamente napolitanos, por así decir, que contribuyen a comprender mejor la coyuntura del final de siglo. El primero está constituido por el redimensionamiento de la política de Fernando I de Aragón y de la consiguiente invitación a situar en un tiempo menos breve la crisis de finales del siglo XV. Retomando el juicio de Commynes, Galasso subraya como ni las acciones políticas de Ferrante ni las de Alfonso II eran capaces de afrontar la emergencia, que se anuncia peligrosa, y de superar el descontento presente en numerosos estratos sociales: una evidente desmitificación del mito aragonés y la referencia a la relación problemática entre corona y país, “que arroja retrospectivamente una luz ambigua sobre la misma acción vigorosa desarrollada por Fernando I en su breve reinado”³⁶⁸. El segundo elemento es la relación existente entre el derrumbe napolitano y el aislamiento diplomático del reino.

El tratado de Granada y la partición franco-española de 1501 son encuadrados por el autor en el contexto del equilibrio italiano: es justamente la debilidad

³⁶⁸ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 42.

del cuadro peninsular lo que hace posible que se produzcan los acuerdos franco-aragoneses y la consiguiente reciprocidad de las ventajas obtenidas por Francia y España. Desde estas páginas, se manifiesta la extraordinaria sensibilidad a la hora de captar la lógica de la relación equilibrio-hegemonía.

Para la época de Fernando “el Católico”, Galasso opera una comparación de todos los campos, bien con la tradición historiográfica, bien con los aportes más recientes de los investigadores. Si mueve no pocos perfiles críticos a la visión del carácter programático de la política fernandina para Nápoles, sostiene del mismo modo que la estancia napolitana del soberano español no destaca la extraordinaria capacidad política, el doble semblante de “zorro y león”. Demasiado sistemáticamente, en la fórmula “época de transición” puede ser representada esta fase de la historia del reino. Me explico. En la tradición aragonesa se encuentran tanto la consideración de la centralidad mediterránea de la región napolitana, como la aspiración a unir en un único reino Sicilia y Nápoles. Respecto a la “*communis opinio*” historiográfica, me parece, sin embargo, que el autor introduce dos elementos de considerable novedad. El primero tiene que ver con la estructura administrativa querida por Fernando “el Católico”. A tal propósito, Galasso no usa nunca el término “burocracia”: subraya en cambio el título del personal administrativo como “oficiales del rey”, y el acentuado empirismo que, en tal nivel como en los otros, caracteriza la acción política del monarca católico. El segundo elemento novedoso tendría que ver con la revisión de una tendencia historiográfica que ha acentuado en los últimos años, en el análisis de la política de los soberanos de la primera edad moderna, la naturaleza paccionada de la relación con los súbditos: en particular oponiendo la lógica de la negociación, peculiar a la tradición aragonesa, a la lógica centralista, más propia de la tradición castellana. El autor, analizando el caso de la Nápoles fernandina, tiende a reducir a figura, a representación o apariencia, el papel y el peso de instituciones representativas como el Parlamento, que discute y formula normas de variada naturaleza, pero cuya aprobación y ejecución es sometida totalmente al poder regio y permanece sustancialmente aleatoria.

Aquello que es un juego es pues la relación entre el poder regio y el reino en su conjunto y aquello que se configura es un impulso a la neta prevalencia del primero sobre el segundo ³⁶⁹.

La denominación sugerida, época de transición, está después estrechamente unida a la metáfora, usada por Galasso, que cierra un ciclo de la historia del

³⁶⁹ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 267.

reino: la del “otoño aragonés”³⁷⁰. La metáfora, referida al periodo 1515-1530, alude no sólo a la historia de acontecimientos materiales, sino también y sobre todo, al final de un mundo civil y cultural napolitano, simbólicamente representado por dos personalidades como Pontano y Sannazaro, y a la transfiguración de la historia en el doble mito de “Nápoles corona”, poderosa e independiente “cuando reinaba la casa de Aragón”, y de “Nápoles amable”:

definición realizada dentro del signo humanístico de la medida, de la lucidez, de la gracia, de la fuerza armoniosa, de la virtud que es humana y nunca inhumana, cual figuradamente se toma, quizás más que en cualquier otro documento, en la famosa vista que de Nápoles nos ofrece la plancha de Strozzi.

Y, añade Galasso, “mito en tanto que políticamente activo como sólo admirado o anhelado literaria y estéticamente, habrían demostrado los dos siglos posteriores de la historia del reino”³⁷¹.

Igualmente, en el análisis de la relación entre Carlos v y el reino de Nápoles se pone radicalmente en discusión su naturaleza paccionada. Son rebatidas, en cambio, tanto la fuerza del rey como el estrechísimo vínculo entre soberano y virrey de Nápoles, cabezas de toda la acción política en Italia hasta 1535. Los fundamentos de la consolidación de la Monarquía habsbúrgica en el reino, no se encuentran en el cambio de las condiciones internas, sino en la potencia política internacional alcanzada por el imperio carolino. La hispanización y la castellанизación de este imperio parten ya de 1532: una fecha que anticipa notablemente el proceso respecto a la periodización propuesta por la tradición historiográfica. Después, en torno a 1540, con Milán en manos de la Monarquía española y la exclusión de Francia de Italia, es posible registrar una “subversión radical de la línea aragonesa que había encontrado en Alfonso el Magnánimo y en Fernando el Católico sus mayores y más conscientes expresiones”. En estos años se afirma la plena y exclusiva hegemonía española en Italia: ésta no tendrá ya sus centros promotores y creativos en Zaragoza o en Barcelona, tampoco tendrá más como cuadro de referencia la cuenca occidental del Mediterráneo, superando la perspectiva misma, generalmente ibérica, de las monarquías unidas de Castilla y de Aragón. La corona de Castilla es llevada a una presencia y acción continental, en Italia, en los Países Bajos y en Alemania; la conquista y la organización de los grandes territorios americanos dotan a Castilla de un imperio colonial sin precedentes históricos, fuente de enormes recursos y verdadero termómetro de una

³⁷⁰ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 281.

³⁷¹ *Ibidem*, p. 297.

potencia política, cuyas medidas ya sobrepasaban, en su mentalidad geográfica, las mismas y viejas dimensiones europeas.

Dentro de semejante contexto internacional, Galasso sitúa el proyecto absolutista de Carlos V y su experimentación en Nápoles durante la época del virrey Toledo. En la interpretación de esta fase, el autor subraya también el pragmatismo de Carlos (más que el claro y preconcebido planteamiento estratégico de su política) y el papel de las coyunturas. Redimensiona el peso del choque entre los modelos y los proyectos de la corte del soberano, de nuevo la lógica de pactos, la tesis de quien vería emerger, entre los años treinta y cuarenta del XVI, una “república de togados”. Y todos estos factores son tenidos en gran consideración en la reconstrucción e interpretación de la revuelta napolitana de 1547 contra la introducción de la Inquisición según el modelo español.

La parte dedicada a Felipe II se abre con un capítulo de extraordinaria importancia. Desde su título, el autor dialoga indirectamente con Croce, pero, al mismo tiempo, rellena de nuevos contenidos la *pars costruens* de su crítica al autor de la *Storia del Regno di Napoli*: no desde la prehistoria de la nación napolitana a la prehistoria de la nación italiana, según la trayectoria que, en esencia, había propuesto Croce, sino “De la prehistoria a la historia de la nación napolitana”, como titula Galasso. Esta “nación” viene formándose también merced a las innovaciones filipinas: la transferencia del juego político a la corte y la línea, destinada a desarrollarse aún más con los sucesores de Felipe II, de integración dinástica; el papel de los virreyes, su inserción en los grupos de poder de la corte no como un elemento a construir, sino como un “punto de partida”³⁷²; no con el autogobierno, sino con la coestión en la administración y el papel prioritario del virrey como sustancia de la dinámica del poder; la formación de un juego político complejo entre los togados, la nobleza y el baronazgo; la política de los compromisos, en particular aquel entre la monarquía y la aristocracia y el del Estado e Iglesia, como estrategia de larga duración de la corona española.

No obstante, es el cuadro internacional el que marca la suerte del reino de Nápoles, especialmente en la época de Felipe II, tanto a finales de los años setenta, como entre los ochenta y noventa del Quinientos. El “viraje atlántico” en la política de Felipe II es interpretado por Galasso en un sentido cuanto menos distinto respecto al esgrimido por Fernand Braudel, esto es, como alejamiento de España del Mediterráneo. Para Galasso persiste el estado de guerra endémica en el Mediterráneo, incluso después de Lepanto. Es verdad que, especialmente después de 1571, el equilibrio en el Mediterráneo queda estable hasta la

³⁷² G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. II, p. 580.

Guerra de Sucesión española y que los esfuerzos militares y político-diplomáticos de Madrid irán direccionados a la Europa atlántica y encontrarán en el océano, en los Países Bajos y en la Alemania renana el campo de su máxima concentración. En las dos décadas sucesivas la incipiente crisis del reino de Nápoles coincide con las repercusiones de la gran política de Madrid con Inglaterra y Francia.

El reino de Felipe III representa la toma de conciencia de los problemas napolitanos y el “momento de las reformas”. El virreinato de Lemos, entre 1610 y 1616, permite a Galasso reflexionar en todas las direcciones, por así decir, sobre un concepto clave dentro de su entera disertación: el de la “tradición política”. Y, de hecho, la estación reformadora de Lemos no contradice las líneas inspiradoras de la relación España-*Mezzogiorno*, pero se mueve, precisándola mejor, en la huella de una tradición política consolidada. Sus núcleos esenciales son los que siguen: potenciamiento del aparato en el espíritu de la lealtad hispano-dinástica, pero también atracción de la nobleza hacia la corte e integración dinástica; corporativismo, cooptación y familiaridad de las élites; disciplinamiento de la aristocracia feudal, pero, al mismo tiempo, apoyo “conservador” a los estamentos privilegiados; oscilación instrumental, en el gobierno de la capital, entre el pueblo y la nobleza; pleno respaldo a la Iglesia y al clero o construcción y desarrollo de una relación privilegiada con los comerciantes y agentes de negocios extranjeros.

A Galasso, esta tradición política, también en sus expresiones más elevadas como en el periodo reformador de Lemos, le parece no tanto un proyecto de creación de clase dirigente, como una línea de empirismo realista que, en esencia, contribuye a estabilizar con fuerza los equilibrios socio-políticos preexistentes y, en tal sentido, es “conservadora”. El proceso de integración dinástica que así se realiza indudablemente, contribuyendo a no provocar grandes choques al gobierno español en el reino de Nápoles, no necesita de la formación de nuevos sujetos históricos.

Dentro de tal contexto se alcanza mejor a captar el valor y los límites de la acción del Estado hispano-napolitano en la vigilia y en los primeros años de la “Gran Guerra” de los Treinta Años. Veamos dos ejemplos, de tantos otros, considerados por Galasso: el jurisdiccionalismo a mitad de los años veinte del siglo XVII durante el virreinato del duque de Alba y los “estados discutidos” de Tapia en el mismo periodo.

Para el autor, el carácter del jurisdiccionalismo:

estuvo en el hecho de ser limitado a la defensa de las prerrogativas regias dentro del ámbito del derecho positivo reconocido vigente, y por tanto, dentro del ámbito de los acuerdos, convenciones y praxis en vigor entre los dos poderes: verdadero

y auténtico regalismo, en resumen, para el cual también la definición de *anticurialismo* podría ser engañosa, si debiese implicar una dimensión de profesión laicista fuera del ámbito jurisdiccional. Una dimensión semejante se tendrá sólo cuando, aún antes de Giannone, el problema del jurisdiccionalismo sea puesto como problema de la laicidad del Estado y de la autonomía de los valores civiles y éticos respecto a los religiosos ³⁷³.

Así pues, sustancial respecto a las recíprocas prerrogativas de la Iglesia y el Estado; con cuidado de no alterar los equilibrios preexistentes. El mismo carácter “conservador” revela igualmente la reforma de los “estados discutidos”, fruto de una eficaz colaboración entre el virrey Alba y el jurista Carlo Tapia; el cual, más que distinguir entre la deuda fluctuante y la consolidada, realiza un mejor rendimiento de las obligaciones fiscales de los municipios, en dirección, por tanto, a una consolidación de las funciones del Estado moderno, pero que, en ningún caso resuelve el problema de los abusos baronales y no se escapa pues de la lógica del compromiso histórico, sustancial entre la monarquía y la aristocracia feudal meridional.

Al igual que el siglo XVI, el XVII napolitano es reconstruido por Galasso prestando la máxima atención a la relación entre el cuadro internacional y el local, y a las repercusiones sobre el reino de las novedades que se producen en las instituciones y en las lógicas de gobierno de todo el sistema imperial español. Así, y por los efectos de la “privanza”, se producen las elecciones que presiden el nombramiento de los virreyes de Nápoles, y se dan los mecanismos de agregación y disgregación de los partidos y de las facciones hispano-napolitanas. El autor dedica páginas importantes a los años de la Unión de Armas (1629-1635) y a los efectos sobre el reino de la estrategia político-militar de Olivares. En polémica con Raffaele Ajello, Galasso ve:

un esfuerzo imponente que, lejos de configurar una *frontera desarmada* (es esta la tesis de Ajello) y una desmilitarización del país, perfila una función mucho más activa del reino también sobre el plano militar, como se ve, más que nada, por el empeño del gobierno, que los contemporáneos notaban, sobre este plano y sobre aquel conexo del esfuerzo financiero necesario para respaldar el esfuerzo militar ³⁷⁴.

El autor, del mismo modo, toma con agudeza los motivos de la dialéctica que opone a Nápoles al nuevo empeño financiero solicitado por Madrid y a la naturaleza de la puesta en juego: si la finanza extraordinaria prevarica aquella ordinaria,

³⁷³ G. GALASSO: *Il Regno di Napoli...*, *op. cit.*, vol. XV, t. III, p. 27.

³⁷⁴ *Ibidem*, p. 103.

especialmente durante el virreinato de Monterrey, y si la capital debe someterse a la fiscalidad extraordinaria como cualquier otra parte del reino, su estatus privilegiado queda rebajado de *Caput Regni* exento de los “pagos fiscales” y se equipara al reino como persona institucional según el plan madurado por cinco diputados nobles napolitanos. De este modo la Monarquía consiguió un gran éxito reduciendo, de facto, la capital a la condición de mera tierra, entre tantas otras del reino, ante el fisco.

El decenio de 1636-1646 es la época de las “rupturas”. Hacia equilibrios irreversibles (1639-1642), dificultades financieras crecientes, oposiciones sobre todo por parte de la aristocracia, tensiones en toda la base social popular, con el clero y con Roma, pero, al mismo tiempo, acentuación de la presión fiscal y política sobre el país que todavía no pone en discusión la seguridad de la posesión del reino por parte de la corona. Y, es en cambio en el periodo comprendido entre 1642-1646, en donde más aguda aparece la crisis del reino dentro de la crisis general del imperio.

El autor reconstruye la base político-cultural, político-institucional y político-social de la revuelta de 1647-1648. Su periodización aparece también más articulada respecto a la propuesta de Schipa. A la “revuelta de Masaniello”, posterior al “tumulto extemporáneo” del 7 de julio y terminada con el declive y muerte del cabecilla, le sigue, después de la crisis y el exilio de Giulio Genoino, la “revuelta antiespañola” con la difusión del movimiento en las provincias, los “segundos tumultos” que representan una contraposición neta a España y la ampliación de los objetivos revolucionarios. Es de hecho en esta fase en donde se prepara la “secesión de Madrid”, la radicalización de la revuelta, el “manifiesto” del 17 de octubre y la institución de facto de la República, de la que Galasso analiza en profundidad la dialéctica de los grupos políticos y sus líneas de acción, la confrontación entre el duque de Guisa y el generalísimo Gennaro Annese y los intentos de reconstrucción de un “nuevo Estado”. La revuelta en la periferia es seguida en las provincias y reconstruida según líneas ricas y diversificadas. El análisis de los motivos que condujeron a la caída de la república y las líneas de la restauración de Oñate, concluyen la orgánica y exhaustiva reconstrucción de Galasso que también se caracteriza por la cuidadosa, y no siempre fácil, interpretación de las fuentes.

La segunda parte del siglo XVII discurre entre la estabilización de los años cincuenta a lo largo del sendero político “centrista” trazado por el virrey Oñate, la recuperación de las fuerzas centrífugas después de la Paz de los Pirineos y los años de la Guerra de Mesina (1674-1678). En la historia del reino de Nápoles –algo que ya se ha dicho anteriormente– la estrechísima relación entre la

política internacional y la interna, constituye uno de los caracteres recurrentes tanto en la época medieval como en la moderna. En el paso crucial, después de las paces de mediado el XVII, de una condición de equilibrio europeo, caracterizado por un sustancial unipolarismo, a otro cada vez más estructurado sobre el multipolarismo, las disposiciones políticas del reino de Nápoles son aún más dependientes del sistema de las relaciones internacionales. Pero también este sistema, que va cada vez más articulándose en esferas de influencia, no puede dejar de contar con un área como el reino de Nápoles; periférica cierto, pero parte no precisamente secundaria del tablero mediterráneo, nunca centro de las relaciones mundiales, pero seguramente importante esfera de influencia en la Europa multipolar. Especialmente después de la guerra de Mesina, el interés internacional por el *Mezzogiorno* de Italia no será ya menor. Precisamente por el puesto que juega el reino de Nápoles en las relaciones internacionales y en el sistema imperial español, se hace necesario que la corona y sus virreyes sean capaces de promover un “nuevo orden” y empuje absolutista, bien para redimensionar la indisciplina y reticencia de estamentos tales como el nobiliario, bien para dar mayor consistencia a la acción del gobierno del territorio. Sin embargo, “el regreso al orden” del “feliz gobierno” del virrey Carpio, a principios de los ochenta, no logra alejar la crisis dinástica que se prepara en la última década del Seiscientos con la cuestión de la sucesión de la corona española y la conjura de Macchia, a los que sigue el breve reinado de Felipe V, la retirada de Madrid y la llegada de Viena.

El siglo XVII constituye, para Galasso, el siglo no de la “hispanización de Italia”, sino de la constitución de una “sociedad italo-española”, hecha de intersecciones, aportes e intercambios de experiencias históricas entre las dos civilizaciones. Es en esta lógica en donde entra la “política de los compromisos”, que representó la columna vertebral del gobierno español en el *Mezzogiorno* de Italia y condicionó las formas de desarrollo de la “vía napolitana al Estado moderno”. En el signo de la “conservación” se realizó la convergencia de intereses entre la monarquía, la aristocracia feudal, la capital en el conjunto de sus estamentos, la iglesia y los grupos eclesiásticos, además del capital extranjero. El *Mezzogiorno* pagó precios elevados por esta política de compromisos que, aún consolidando un orden político y social, por su carácter conservador, no logró estimular la formación y consolidación de nuevos sujetos históricos.

La reflexión de Galasso sobre los límites y los costes de la modernización ejercida por España en el *Mezzogiorno* dieciochesco y, más en general, en Italia, no puede, sin embargo, ser asimilada a la tradición del antiespañolismo clásico. Si los costes de pertenencia de nuestra península al sistema imperial español fueron

altos, no puede atribuirse a España un papel colonizador, según la interpretación de Gabriele Pepe y Raffaele Ajello. La “hispanización”, es decir, la total absorción del *Mezzogiorno* de Italia en la férrea lógica del dominio habsbúrgico, capaz de anular drásticamente todos los espacios de producción histórica autónoma, no se realizó. La distancia de Galasso del antiespañolismo radical de Pepe, es aquí abisal. Pongamos un solo ejemplo de tantos posibles: el jurisdiccionalismo no fue “vil polémica al servicio de España”, según el juicio sin apelación de Pepe, sino una contribución original de la cultura política napolitana a las teorías regalistas y a la afirmación de una autonomía del Estado frente a la Iglesia. La revisitación de algunos de los motivos del antiespañolismo obrados por Galasso, se distancian también de la perspectiva de Villari, que asimila la dinámica intelectual y política de la revuelta de Masaniello con la de una defensa anacrónica de los valores de la patria y de la nación.

Justo a modo de conclusión en este largo acontecer del gobierno español en el *Mezzogiorno*, toma mayor cuerpo el sentido de aquella “nación napolitana” sobre cuyas huellas se ha movido Galasso. Podrían ser sintetizadas de la siguiente manera: fuerte dependencia de los equilibrios internacionales; formación de un Estado Moderno entre la continuidad y las innovaciones, pero con una neta prevalencia del poder regio sobre el reino; la constitución de una sociedad hispano-napolitana fundada en los intercambios, tramas, intersecciones y compromisos, y no sobre las dependencias en sentido único; y conservación y falta de promoción de nuevos sujetos históricos que condicionaron incluso las dinámicas y los resultados de las resistencias y de los conflictos.